La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 25 de abril de 1892 — Núm. 539

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores LA ÚLTIMA SONRISA, bellísima novela original de D. Luis Mariano de Larra con primorosas ilustraciones de D. Alfredo Perea



CAFÉ AL AIRE LIBRE EN VENECIA, cuadro de D. Manuel Domínguez

Propiedad del Sr. Marqués de Pinar del Río

SUMARIO

CRÓNICA DE ARTE

Todavía las estatuas de *San Isidoro* y *Cervantes* - Las medallas conmemorativas del cuarto centenario del descubrimiento de América. - Pelouse y sus cuadros. - La pintura y las mujeres. - El techo de la sala llamada de Isabel II del Museo del Prado.

En los momentos en que escribo esta crónica, todavía es una incógnita, no solamente la adjudicación de la ejecución de las estatuas de San Isidoro y Cervantes destinadas á decorar el edificio de la nueva Biblioteca, sino el nombre de algunos individuos que han de componer el Jurado calificador.

De los siete artistas y críticos nombrados por el ministro de Fomento para este objeto, dos renunciaron. El motivo de las renuncias, oficialmente es el mal estado de salud de ambos señores; el verdadero, la marejada que gran parte de los académicos levantaron por considerarse humillados en su autoridad, como tales académicos, por la real orden que los prohibe dar dictamen en aquellos concursos, á los cuales concurren individuos de número ó correspondientes de la de San Fernando.

No debe agradecer el Sr. Atché á esos señores la campaña que en favor de su boceto están haciendo. Tómanle - y créame á mí que como artista de gran mérito le estimo y me duele el carácter que, á pretexto de defenderle, toma esta cuestión que debiera ser artística y no personal - por cabeza de turco, para en vista del veredicto que se proponen obtener del Jurado libre, lanzar después acusaciones de incompetencia sobre dicho Jurado, haciendo ver que premió lo que no debía, y patente así la improcedencia de la resolución del ministro.

Por mi parte, no tengo rebozo en afirmar que considerándose aludidos en este asunto algunos críticos de un modo directo, por la intervención que han tenido en cuanto viene aconteciendo á este propósito, procurarán por cuantos medios estén á su alcance que triunfe la justicia y por consiguiente el *arte*. Claro está que á la Academia, como al Orozco del drama de Galdós, le cuesta muchísimo trabajo y le es muy dolorosa la extirpación de ciertas ideas y afectos hondamente arraigados en su organismo; pero ante los intereses y el honor del arte español, es necesaria esa amputación, y se hará. Después de todo, no es esto más grave que la merma sufrida por los monarcas en su autoridad omnímoda desde que se implantó el sistema representativo, ni de mayor importancia tampoco que la desaparición legal de los mayorazgos; y si ambas entidades sociales sufrieron por imposición de lógicas evoluciones de las ideas y de la constitución de la vida moderna reformas de tal cuantía, no veo la razón para que no sufran también las reformas que imponen á su vez las ideas, cada instante más depuradas, del gusto estético y de la justicia, esas Academias, un día precisas á la vida del arte, hoy, si no perniciosas, por lo menos casi innecesarias.

De todo esto, lo que fuere sonará, antes quizá de que los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hayan leído estas líneas.

***

La medalla conmemorativa del cuarto centenario del descubrimiento de América, aprobada por la Academia de San Fernando, es causa estos días de sendos disgustos.

Y en verdad que estaba profetizado lo que sucede. La crítica condenó unánimemente casi todos los modelos presentados á concurso, exceptuando el que mereció el accésit, el de un artista catalán - siento ignorar su nombre - y los de dos extranjeros. En vano fué recordar al Jurado académico nombrado para emitir dictamen la importancia que revestía dicho concurso, teniendo en cuenta que la moneda, como la medalla, son los únicos monumentos perdurables por los cuales viénese en conocimiento de la cultura de los pueblos que las acuñaron. En vano fué advertirles que íbamos á eternizar una vergüenza artística si se concedía el premio á un proyecto que por lo menos no reuniese la condición de alto pensamiento ó de exquisito dibujo y clara exposición de lo que se pretende conmemorar. La Academia de San Fernando hizo caso omiso de estas advertencias, y premió uno de los proyectos que menos condiciones tenía, ya considerado simplemente como medalla, bien como interpretación del asunto histórico. El resultatado de la incompetencia del tribunal examinador se ha puesto estos días de relieve. La casa de la Moneda reputa, según tengo entendido, el proyecto premiado como boceto casi imposible de ser fundido. Por otro lado, dicho boceto carece de *anverso* y *reverso*, puesto que ambas caras representan episodios sin importancia alguna de la odisea de Colón; cuando, según la letra de la convocatoria para el concurso, exigía que se ciñera el artista á conmemorar el *centenario* únicamente.

Todo esto, además de los defectos de dibujo que amenguan el valor que pueda tener el modelo en litigio, no es nada para lo que á última hora vino á resultar del examen que la Junta del centenario hizo de la obra. Resulta, pues, que el artista no tuvo en cuenta la Historia, y dió plaza entre los tripulantes que Colón llevó en su primer viaje á varios frailes. ¡Aquí del apuro más grave! Además de no reunir las precisas condiciones exigidas, de no tener carácter de medalla y de ser muy mediana la parte plástica, aparece el modelo laureado falsificando los hechos.

No sé cómo se habrá resuelto el conflicto, sí tan sólo que uno de los individuos de la Junta del centenario, y por más señas académico, tomó á su cargo la defensa de la obra y de la Academia que tan mal parada queda, no solamente como directora del buen gusto y del arte, sino también como competente en ciencias históricas.

***

Pelouse, el célebre paisajista francés cuya obra recuerda por su sinceridad la del inglés Constable, comenzó á pintar los primeros estudios (no cuadros) á los veintisiete años, abandonando la carrera del comercio, en la cual había realizado ya algún dinero. Se redujo voluntariamente á pobreza tan extrema, que según nos cuentan los biógrafos del insigne pintor, tenía que hacerse él mismo la ropa, los sombreros y los zapatos. Sin embargo, Pelouse hubo de preferir á la pintura acomodaticia de comercio, al gusto parisiense, seguir luchando tesonudamente hasta lograr imponerse en el mundo artístico con sus paisajes, hijos legítimos de la naturaleza y de su temperamento. El país bretón fué su escuela. La rudeza, la melancolía, el ambiente húmedo de aquella región, las delicadezas de las tintas propias de los países donde abundan los bosques, los torrentes y los valles estrechos tuvieron en Pelouse un intérprete tan sincero como amante. Comprendió desde luego todo el valor, toda la poesía, todo el arte que encerraban aquellas montañas, y no quiso tentar la interpretación de otra naturaleza distinta, no sentida por él.

Y tengo para mí que de haber imitado á la mayor parte de sus colegas, quienes así pintan el sol como la lluvia, un país meridional como uno del Norte, no hubiera logrado alcanzar el renombre que alcanzó. El temperamento del artista (hablo del *artista*, cada día más escaso, - pues hoy hacer cuadros se toma generalmente á título de beneficio) no puede asimilarse sin forzar ese temperamento, ni géneros distintos, ni menos condiciones plásticas. Un pintor andaluz, acostumbrado á pintar las calientes tonalidades de su tierra, á trazar las monótonas líneas del ancho paisaje de su región, á vivir entre la lumbre solar y el calor que el jerez ó el manzanilla llevan al cerebro y al estómago, no se resolverá jamás á desterrar de la paleta colores que ama, que le alegran, que él tiene como difundidores de vida, que *calientan*, si he de hacer uso de una palabra técnica, la obra en general. No puede adivinar que en las medias tintas ligeramente plateadas, grisáceas, azuladas ó carminosas que envuelven un paisaje del Norte, adonde los rayos del sol llegan atenuados por la constante neblina que flota en la húmeda atmósfera, mitigada su reverberación por las masas de árboles y de montañas eternamente verdes, por la estructura del país; no puede, repito, adivinar que existan tonos brillantes y calientes, ni que puedan hacerse prodigios de paleta, ni que se entren esos paisajes por los ojos del sentimiento tan fácilmente como los de su tierra.

Pelouse comprendió que el artista debe expresar de un modo sincero lo que siente, lo que ama, lo que comprende, si su obra ha de emocionar al espectador. Así lo hizo y produjo sus celebrados cuadros *Le matin sous bois*, *La Vallée de Cernay*, *Le Banc de rochers á Concamean* y tantos otros lienzos llenos de intensa ternura melancólica y de verdad.

***

A lo que parece, las mujeres van ganando terreno en el cultivo de las Bellas Artes, especialmente en el de la pintura.

El número de pintoras admitidas en el Salón oficial que se abrirá en el próximo mes de mayo en París, es lo suficientemente grande para que la crítica francesa empiece á dedicar atención preferente al arte producido por el sexo bello.

Pocas artistas de mérito relevante registra la historia de las Bellas Artes; pero al presente prodúcese un fenómeno, que entiendo como perfectamente lógico, desde el momento en que el estudio del arte pueden realizarlo las mujeres en idénticas condiciones que el hombre: ese fenómeno es el de contar entre los buenos pintores de la presente época los hermanos Bonheur, Mlle. Abbema, Mme. Buchet, Mme. Valette, Mme. Henriette Rouner, Mme. Stokes y varias otras pintoras húngaras é inglesas. En España no rebasan de lo vulgar las que se dedican al arte pictórico; pero debo exceptuar las señoritas Menassade, La Riva y Bañuelos, quienes manejan con delicado gusto la paleta, habiendo alcanzado varios premios en los certámenes generales de Bellas Artes.

El gobierno francés adquirió recientemente tres hermosos lienzos debidos á tres pintoras, verdaderas especialidades en el arte que cultivan. Estos cuadros, que figurarán muy pronto en las salas del Louvre, son de distintos géneros. Uno de ellos representa exclusivamente una sola flor, *crisantemos;* otro es un paisaje con figuras, y se titula *En la hierba*, y el tercero es un estudio de *gatos*, de rara maestría y verdad.

Por cierto que los hermosos lienzos y estudios de la figura humana, realizados por artistas del vuelo de las citadas Stokes, Abbema, etc., pudieran y debieran ser tenidos muy en cuenta por cuantos sociólogos hoy discuten el alcance de las facultades intelectivas de la mujer, amén del análisis que les ofrece la conducta observada por sociedades como la inglesa, austro-húngara, alemana é italiana (no miento la francesa por no meterme en discusiones), á las cuales no se les ha ocurrido hasta el presente poner traba alguna, en nombre de la moral, á cuantas señoritas, lápiz ó pincel en mano, estudian el desnudo frente al modelo vivo.

***

El arquitecto Sr. Mélida ha sido encargado por el director del Museo de pinturas del Prado de decorar pictóricamente el techo de la sala oval, conocida por *Sala de Isabel II*. A dicha sala, tan pronto estén terminadas las obras de reforma en ella comenzadas hace algunos años, se llevarán los cuadros más selectos de los grandes maestros.

Cuando pueda examinarse dicha sala emitiré juicio. Hoy me limito á dar esta noticia que á tantos comentarios se presta, y que tengo como cierto que no habré de ser yo quien más suaves los haga.

Decididamente hay empeño por parte de ciertas gentes en meterse en cuantos charcos encuentran al paso.

R. BALSA DE LA VEGA



UN PRONÓSTICO

(CONTINUACIÓN)

CAMPAÑA DE LOS INGLESES EN BULGARIA

DERROTA DECISIVA DE LOS RUSOS

Al fin tenemos grandes noticias que comunicar sobre el ejército inglés, pues se ha reñido y ganado una gran batalla. Más aún: todo el ejército ruso de Bulgaria, cogido como en una ratonera, se ha visto obligado á rendir las armas después de dos días de empeñada lucha. Vemos, por lo tanto, que el ejército inglés, después de todo, no ha ido al Asia Menor, sino á Bulgaria. Todos los rumores y aparentes demostraciones que indujeron á creer que se proyectaba una gran campaña en el Asia Menor tenían por objeto solamente distraer la atención de los verdaderos fines que la expedición se proponía. Los que están familiarizados con la política de Lord Wolseley alegan ahora que sospechaban el plan, tan sólo por el hecho de que había hablado mucho de las ventajas de una campaña en el Asia Menor. Es notorio, según ellos dicen, que ese jefe está en la firme creencia de que cuando el público supone tal ó cual plan en un ejército, el enemigo acaba por creerlo también. Por su táctica logró imponerse al célebre Arabi durante la campaña del 82, ocultándole el gran movimiento de la expedición inglesa de Alejandría á Ismailia. Lord Wolseley consiguió engañar á Arabi, haciendo circular noticias de que había sido llamado por el capitán Glover durante la campaña de los ashantis; mientras lo que hacía en realidad era embarcar sus tropas para sorprender las ciudades de la costa, en las cuales se abastecía el enemigo. Si hemos de juzgar por los comentarios de nuestros contemporáneos respecto á las noticias que hasta aquí se han dado de la guerra, preciso es decir que han sido muy discretos y leales ó que se han engañado por completo. Sin embargo, harto evidente parecía que el mejor uso que se podía hacer del ejército inglés en este momento era destinarle á despejar la Bulgaria de las fuerzas agresivas de los rusos, lo cual, por las circunstancias particulares del caso, no pudo intentar antes. Atendido que se favorecía primero á Bulgaria y en segundo lugar á Turquía, y que el hecho de haber ofrecido ésta su apoyo era la causa de que nosotros interviniéramos en la lucha, se llenaba un importante objeto político, independientemente de las ventajas del movimiento, empleando nuestras fuerzas desde luego para apoyar á los valerosos búlgaros. Aunque hubiera sido conveniente, desde el punto de vista político, permitir al ejército turco penetrar en Bulgaria y avanzar sobre Tirnova y Shumla, los obstáculos materiales que se oponían en el camino eran de mucha consideración. Por otra parte, en veinticuatro horas los vapores podían conducir á nuestras tropas al lugar donde los rusos habían desembarcado primero; y era casi seguro que apenas su jefe observara que nuestros buques habían cortado de nuevo sus comunicaciones con el mar, renunciaría á su proyecto de avanzar sobre Sofía á fin de asegurar su retirada por la Dobrucha. Desde Kavarna podríamos fácilmente emprender un movimiento que, según debía creerse, los rumanos tratarían de retardar por todos los medios posibles. Parece que Lord Wolseley estaba en comunicación directa con los generales búlgaros durante su permanencia en Constantinopla, y que todos los movimientos se concertaron entonces; mientras que los rumanos, seguros del apoyo inglés por mar y tierra, estaban dispuestos á entorpecer las maniobras de los rusos si hacían alguna tentativa, por el Norte ó por el Sud, para forzar el paso de la Dobrucha.

Sin entrar en más detalles, bastará decir que la prolongada permanencia de Lord Wolseley en Constantinopla tenía por objeto recibir las más recientes noticias de Bulgaria en cuanto á la posición exacta y movimientos del ejército ruso. Desde el punto más próximo de la costa á que llegaba la comunicación telegráfica, desde Constantinopla, ligeros botes correos debían llevar los mensajes cifrados á la flota ó á Kavarna, desde donde se llevarían las noticias á medida que el ejército se internaba. La segunda línea de comunicación se estableció por Kustenjch y Buckarest; y de este modo el general tuvo la gran ventaja de conocer con más exactitud que de ordinario cuáles eran los movimientos de su enemigo, hasta cierto punto muy limitados. Varios destacamentos de considerable fuerza habían sido destinados á vigilar Shumla y Varna; y por las noticias que llegaron á Lord Wolseley, era evidente que los rusos, después de levantar su campamento en Tirnova, marchaban por Shumla, bien con la intención de llamar á su destacamento de Varna para avanzar desde aquel punto directamente sobre la Dobrucha, ó ya para dirigirse á Varna.

De todos modos, el inmediato desembarque en Kavarna se podría efectuar al parecer sin oposición formal por parte de las fuerzas rusas, y era en extremo probable que éstas se moviesen para atacarnos en aquella posición. En tal caso, si conseguíamos mantener nuestro terreno, tal vez las fuerzas de que disponíamos serían suficientes para habérnoslas con los rusos, sin contar con que dentro de cuarenta y ocho horas los búlgaros, que se habían comprometido á seguir de cerca la retaguardia enemiga, podrían llegar á tiempo é impedir á los rusos mantenerse en su posición.

Apenas los buques hubieron perdido de vista la tierra, toda la flota cambió de rumbo, dirigiéndose por NNO., y á eso de las doce del día siguiente al en que la flota salió del Bósforo, la mayor parte de ella se hallaba en la bahía que se extiende desde el cabo Kaliakra hacia Varna.

El desembarco había comenzado ya antes de la llegada de nuestro corresponsal; pero tuvo la suerte de poder reunirse con los húsares del coronel French, que habían saltado á tierra poco después de saberse que no se opondría desde luego resistencia al desembarco de las tropas. El regimiento avanzó en la dirección Sud, apoyado por un cuerpo de infantería al mando del coronel Hutton, el segundo día después de la llegada de las fuerzas, y tan pronto como fué posible se le enviaron algunos cañones y una escolta de caballería á las órdenes del coronel Marshall. Esta última fuerza debía practicar un reconocimiento minucioso para averiguar cuál era el estado de cosas en Varna, coger algunos prisioneros, si era posible, y aprovechándose del descontento de los habitantes de dicha población, adquirir noticias sobre el enemigo.

BOMBARDEO DE VARNA

GUERRA POR LOS AIRES

La descripción que nuestro corresponsal hace de esta marcha es muy interesante y gráfica; pero debemos abreviarla para dar cuenta de otros acontecimientos de más importancia. Baste decir que se averiguó que los rusos tenían ya su cuartel cerca de Shumla sin haber recibido la menor noticia sobre el desembarco del ejército inglés. El enemigo avanzaba sobre Varna, y la fuerza de este punto había recibido evidentemente órdenes para inducir á la ciudad á rendirse. Al llegar la caballería á las colinas que se elevan á la vista de la ciudad divisaron un globo que se cernía sobre ella, lo cual les inquietó al principio, temiéndose que sus movimientos pudieran ser vigilados y descubierta la posición. Muy poco después, no obstante, pudieron reconocer que el globo estaba allí con muy distinto objeto, ofreciéndose á su vista un espectáculo á la vez aterrador é imponente. Una mole negra se desprendía del globo, y al llegar al nivel de los edificios más altos estalló de repente, produciendo un vivo resplandor que iluminó los alminares y pináculos de la antigua ciudad turca; á su paso hacía grandes destrozos en las casas, reduciéndolo todo á ruinas. Evidentemente era una bomba de dinamita, de grandes proporciones, que se había dejado caer intencionalmente desde el globo.

El objeto no podía ser otro más que aterrorizar á los habitantes por una cruel é inicua destrucción de la propiedad. Si el proyectil hubiese caído sobre un almacén militar habría producido mayor impresión en el ánimo de los defensores; pero no sucediendo así, no dió el resultado que se apetecía. Esto indicó á los ingleses más bien una tentativa desesperada de los rusos que un esfuerzo formal en la guerra. Como quiera que sea, dióse principio á un furioso cañoneo desde todas las obras defensivas situadas cerca de la ciudad, y no terminó hasta que algunos de nuestros buques, que se comunicaban con la guarnición, se acercaron á tiro de las obras, arrojando tal número de bombas sobre la artillería del campo ruso, á pesar de la considerable distancia que de ella los separaba, que los cañones rusos cesaron el fuego y se retiraron.

Dejamos á nuestro corresponsal la palabra para describir la siguiente escena: «No sucedió así con el globo, y con gran admiración nuestra observamos que cambiaba deliberadamente de dirección, gobernando contra el viento, que no pasaba de ser una ligera brisa. Al llegar á la posición que sin duda buscaba, sobre los almacenes de Varna, vimos caer del globo otra bomba, que apenas llegó á los edificios estalló, produciendo como una conflagración general de toda aquella parte de la ciudad, acompañada de toda clase de espantosas detonaciones y explosiones, lo cual demostró que se había conseguido el efecto deseado.

»El coronel Marshall, que estaba á mi lado en aquel momento, exclamó al punto:

—»¡Ah! Ya sé lo que es eso. Poco antes de salir de Inglaterra, recuerdo haber oído decir á un ingero llamado Delmard, que los franceses tenían un globo de guerra susceptible de ser gobernado en todas direcciones, hasta contra un viento ligero; y tam-

bién un sistema de bomba particular con cubierta de acero, rellena de oxígeno líquido y varias substancias explosivas, la cual se podía dejar caer desde el globo. Esperaban grandes resultados de este invento, y evidentemente habían enviado muestras de él á los rusos, como un especial favor.

»El sol se había puesto hacía largo tiempo en dirección de Shumla; la luna y las estrellas brillaban en el cielo, y al fijar la vista en el terreno ondulado que nos separaba de la ciudad, el resplandor de las llamas que en ella se elevaban iluminó los buques, ofreciendo un espectáculo imponente.

»No dudábamos que las fuerzas situadas alrededor de Varna se ocuparían tan sólo en hacer un esfuerzo para aprovecharse de la destrucción que habían ocasionado. Desastrosa era para los habitantes, mas al parecer no suficiente para obligarlos á rendirse.

con él. Añadíase que se necesitaría la mayor parte de los cosacos y el resto de la caballería rusa para vigilar el resto de la fuerza búlgara, que si bien inferior á la de los rusos, y lejos aún, podía esperarse que la siguiera en su retirada. En su consecuencia sería necesario que la caballería, bastante numerosa, agregada á las demás tropas de Varna, protegiese el flanco derecho, vigilando el avance del grueso de las fuerzas cuando llegaran. Sin molestar á nuestros lectores con el minucioso informe que el despacho contenía, me limitaré á decir que el ejército ruso, marchando en dos columnas por caminos diferentes, á cierta distancia una de otra, necesitaba por lo menos cuatro días para llegar á la altura de Kosludji con su ala izquierda. Más tarde recibimos todos estos informes.

»Por lo pronto vi á Lord Wolseley leyendo cuidadosamente la traducción de los partes á medida que se los daban.



La gran guerra de 1892. – Batalla de Kosludji

»El almirante Markham había leído con Lord Wolseley; cuando éste hubo concluído volvióse hacia su compañero, y los dos discutieron brevemente sobre algo que no pude comprender; pero muy pronto tuve motivos para creer que se refería al transporte de víveres y municiones que debía efectuarse al día siguiente. De todos modos, ninguno de nosotros dudó, poco después, de que se habían cambiado los planes. Acto continuo expidiéronse órdenes para que aquella misma tarde emprendiesen la marcha las tres brigadas que habían desembarcado primero; y como por fortuna permanecían en las inmediaciones de Baltjik, hallábanse más próximas á Varna. La caballería y la infantería llegaron desde luego, y extendiéronse de modo que pudieran cortar toda comunicación entre el grueso del ejército ruso y Varna.

»Afortunadamente, las cercanías del país se componen de una serie de eminencias montañosas y onduladas, susceptibles de ocultar considerables cuerpos de tropas.

»Para ser breve, diciendo de una vez lo que ahora sabemos todos, daré á conocer la idea que inspiró á Lord Wolseley la lectura de los partes interceptados. Era evidente, en vista de los informes adquiridos por los búlgaros, así como por los de otra procedencia, que los rusos ignoraban todavía que un cuerpo de tropas inglesas hubiese desembarcado en aquel territorio; y si él conseguía sorprender el campamento de Varna inmediatamente, tendría gran probabilidad de caer sobre las columnas rusas durante su marcha, aniquilando una de ellas antes que la otra pudiese llegar en su auxilio, tanto más, cuanto que el enemigo contaba con la caballería de Varna para proteger su movimiento. Esta era mejor oportunidad que aquella que se había esperado cuando se trató de tomar una posición que obligara á los rusos á emprender el ataque. El proyecto era que las tres brigadas de infantería marchasen aquella noche á fin de situarse de modo que pudieran atacar el campamento ruso de Varna al amanecer del día siguiente.

»Lord Charles Beresford, según lo convenido, debía desembarcar por la tarde con fuerzas de tropa y marina, sin hacer esfuerzo alguno para ocultarse, y ponerse después de acuerdo con el oficial que mandaba en Varna para que toda la guarnición hiciera una salida, á fin de llamar la atención de los rusos hacia la ciudad. Después de comparados cuidadosamente los relojes, fijóse la hora de las tres de la madrugada para emprender el ataque simultáneo. Las tres brigadas tenían orden de atacar respectivamente la derecha, la izquierda y centro de la posición rusa.

»Una numerosa fuerza de artillería permaneció á dos millas de Varna, poco más ó menos, ocupando una posición favorable, á fin de apoyar á nuestras tropas en la eventualidad de un desastre; pero tratábase tan sólo de un ataque de infantería, y se ordenó que ningún cañón hiciera fuego, á menos que algunas de nuestras tropas hubieran de emprender la retirada. La única misión de la caballería reducíase á cerrar el paso á los fugitivos, impidiendo que llegara á conocimiento del general ruso nada de lo que había pasado.

»Tenemos motivos para creer que algunos habitantes habían suministrado á Lord Wolseley los más exactos informes respecto á las condiciones del terreno en la inmediación del campamento ruso, y que esto le infundió mucha confianza para combinar los detalles del ataque. El general Wood se encargó de dirigir todo el ataque, y muchas ventajas resultaron del sistema de marchas nocturnas, practicado ya antes bajo sus órdenes en Aldershot.

»No podemos decir, por lo tanto, que la lucha sometió á nuestras tropas á una ruda prueba, pues el ejército inglés sorprendió á los rusos, cual si hubiese caído de las nubes, antes que echaran de ver su llegada. El enemigo no había hecho ningún preparativo formal para resistir un ataque por la parte del Norte, puesto que no había motivos para presumir la llegada de tropas por este lado; de modo que la sor-

»La caballería, viendo que no era observada, mantuvo su posición para el día siguiente, enviando exploradores en todas direcciones.

»Esto era en la tarde del tercer día después del desembarque. Otro regimiento de caballería, con algunos cañones, había llegado ya para apoyarlos; y á primera hora de la mañana siguiente reunióse con nosotros Lord Wolseley, seguido de varios oficiales de su estado mayor. A eso de las seis de la tarde vi avanzar por la llanura dos campesinos búlgaros que, disputando vivamente, avanzaban hacia nuestra posición, escoltados por un húsar, el cual trataba en vano de hacerse entender. Poco después llegaron; uno de ellos llevaba una carta en la mano, y gracias al intérprete de Lord Wolseley, muy pronto supimos de qué se tratataba. Un oficial ruso, extraviado al parecer, había caído en manos de los campesinos, que le asesinaron en la localidad de que los dos hombres procedían. Uno de los húsares observó que llevaban ciertos objetos del oficial, así como también un saco de cartas, y siendo hombre muy discreto é inteligente, trató de hacerles comprender que debían conducirlos á presencia del coronel French. El otro campesino llevaba una especie de cartera militar, y al abrirse ésta encontráronse varias cartas, dirigidas desde el cuartel general ruso al comandante de las fuerzas situadas frente á Varna. Se le decía que las tropas inglesas, que según noticias habían penetrado en el Mar Negro, debían estar ahora en camino de Trebisonda; y que el general ruso se proponía marchar directamente á la Dobrucha, por lo cual se le indicaba el punto en que debía reunirse

presa á la mañana siguiente fué completa. No quiero decir con esto que se cogiera á los rusos durmiendo, sino que las tropas inglesas, bien organizadas y dispuestas para el ataque, cayeron sobre el enemigo antes de que éste tuviera tiempo de prepararse para una resistencia organizada.

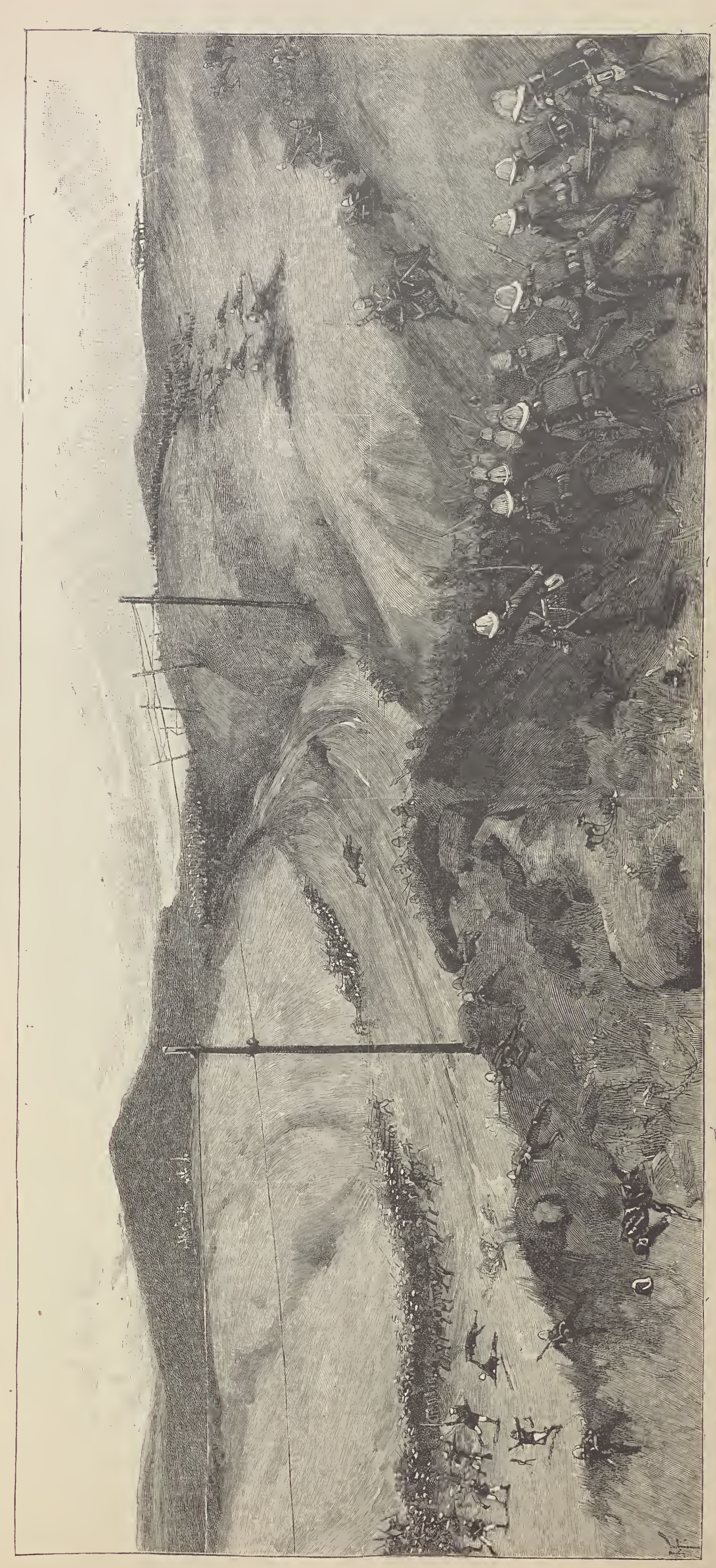
»Solamente en un punto, donde un activo general ruso había tenido la prudencia de reforzar con varios obstáculos el frente de su posición, se tuvo algún tiempo en jaque á la brigaba de la derecha; y aunque esto ocasionó algunas pérdidas, el efecto general del ataque en todos los lados de la posición rusa y los numerosos puntos por donde fueron asaltadas las obras defensivas impidieron á las tropas que habían resistido el ataque de la brigada de la derecha sostenerse más tiempo. Los rusos, aunque batiéndose valerosamente, manifestaron poca iniciativa para obrar de por sí en un caso en que no podían llegar hasta ellos órdenes superiores.»

DERROTA DEL EJÉRCITO RUSO

EL SOCORRO DE VARNA

«Por la tarde, todas las obras defensivas estaban en nuestro poder, y como la caballería cortó la retirada á cuantos trataban de huir, ocupando la infantería los puntos que aquélla no podía guardar, teníamos motivos para creer que nadie podía haber escapado para dar cuenta de lo ocurrido. Las pérdidas no fueron muy considerables por ninguna de ambas partes, pues la posición rusa fué atacada desde un principio por fuerzas tan superiores en número y sorprendida tan de improviso, que cerca de diez mil hombres entregaron las armas. A los prisioneros se les embarcó al día siguiente para Constantinopla, quedando en nuestro poder un considerable botín, compuesto de caballos, mulas y furgones. Para asegurar más el éxito, Lord Wolseley había dispuesto que una cuarta parte de las fuerzas del general Wood avanzaran hasta la posición ocupada por las baterías. Entretanto, en la misma mañana en que se libró el combate, todas las demás tropas habían ido á situarse en las tierras altas que dominan los dos caminos que conducen desde Kosludji y Varna á Bazardjik.

»Era evidente, suponiendo que la marcha de los rusos se hubiese efectuado conforme á lo prevenido en el parte que se interceptó, que durante cierto tiempo sus dos columnas habrían estado separadas, no tan sólo por una distancia de diez millas, sino también por un espacio de terreno muy escabroso. Además de esto, como los caminos convergían hacia Bazardjik, un cuerpo de tropas inglesas que ocupase las tierras altas habría tenido sus dos porciones mucho más próximas entre sí que las de los rusos que avanzaban. Habiéndose tenido la suerte de coger los papeles del general ruso que mandaba en Varna, súpose que el día anterior había recibido un duplicado del parte que se interceptó. Al parecer, tenía preparada la respuesta, pero no la había enviado aún: indicábanse en ella los movimientos que pensaba practicar para reunirse con el grueso de las fuerzas. Como se había averiguado que Kosludji, aunque no se hallase aún en poder de los rusos, estaba en comunicación con su cuartel general, se resolvió reparar el telégrafo, cortado por los campesinos solamente entre Kosludji y Varna. Apenas se hubo hecho esto, envióse un parte, cifrado en ruso, al general en jefe, diciendo: «El 10.° de su caballería marchará para proteger el flanco derecho y avance del ejército sobre Bazardjik. La infantería y artillería se reunirán con la retaguardia de la columna después de haber pasado la de la derecha.» Las fuerzas inglesas se distribuyeron después del modo siguiente: del cuerpo de ejército del duque de Connaught, la división de la derecha ocupó el terreno alto cruzado por el camino que conduce desde Kosludji hacia Bazardjik, más allá de aquel punto. La segunda división ocupó también la eminencia que hay sobre el camino de Varna-Bazardjik, y la artillería de todo el ejército se concentró en el terreno alto, de modo que pudiera dirigir su fuego sobre las columnas que desembocaran por los caminos. Todas las fuerzas del general Wood se hallaban en posición entre Varna y las alturas, dispuestas para atacar la columna de la derecha apenas se hubiese desarrollado lo bastante en su marcha. Habíanse utilizado los uniformes de varios prisioneros rusos para poner falsos centinelas, á fin de hacer creer desde lejos al enemigo que el campamento de Varna y las inmediaciones se hallaban aún en poder de los rusos. El terreno en que se supuso que se daría la batalla fué de antemano cuidadosamente reconocido. En la mañana del 14 de junio, la columna derecha de los rusos, que debiendo efectuar una marcha más larga se puso en movimiento antes, había llegado al punto en que el camino tuerce bruscamente al Norte en dirección á Bazardjik. Un des-



La gran guerra de 1892. - Batalla de Kosludji. Las tropas de Sir Ewelin Wood atacan á las fuerzas rusas

tacamento de cosacos que había sido enviado para ponerse en comunicación con la caballería de Varna, á la cual se suponía situada en el camino, volvió muy pronto para anunciar que había visto interceptado el paso, al cruzar las montañas, por varios troncos de árboles y estacadas; mas suponiendo que esto sería obra de algunos insurgentes búlgaros, el general dispuso que avanzase un batallón de infantería con dos cañones y que la columna prosiguiera su marcha. Poco tiempo después, algunos cosacos que se habían adelantado hacia el camino de Varna, acercándose á varios centinelas que tomaron por compañeros, quedaron prisioneros, sin que se permitiera á ninguno volver; de modo que no se produjo la alarma por este lado. Sin embargo, cuando el batallón de infantería se acercó á la estacada, sufrió el fuego de enemigos invisibles, y muchos rusos cayeron. Entonces se dispuso que una brigada avanzase para despejar el terreno; mas apenas estuvo á tiro de las colinas, también se la recibió con una descarga.»

(Aquí se interrumpe el parte del corresponsal; sin duda se recibirá á tiempo lo restante para publicarlo la semana próxima.)

(Continuará)

LA CRUZ (1)

(Conclusión)

Podrían citarse muchos más textos para probar que si la muerte en cruz era pena no consignada en la primitiva legislación hebrea, los judíos la aplicaron no pocas veces, antes que los romanos dominaran aquel pueblo, cuyo ideal fué el religioso, cuyas concepciones en este terreno fueron de tanto arraigo, de influencia tan poderosa, que dejándoles esperanzas para el porvenir, dieron, con el admirable pasado que constituye la Biblia, base para una religión nueva, tesoro de sana doctrina y de inefables consuelos. No tuvieron necesidad, como sostuvieron algunos, fundándose en una cuestión filológica fácil de explicar, de que los señores del mundo le enseñaran la crucifixión: el horrible tormento estaba en sus costumbres, nada humanitarias en la apreciación y en el castigo de los delitos.

Entre éstos, los mayores tenían que ser los derivados del carácter particular que los individualiza en la historia, esto es, del fanatismo con que sin duda contaron las profecías, fanatismo de que fué víctima el Justo. El hijo del verdadero Dios, hecho hombre para salvarnos, murió en el afrentoso patíbulo reservado para sediciosos y ladrones, suplicio que inspiraba horror, tanto por el doloroso fin que aguardaba al desgraciado, cuanto por los preliminares, que eran otras tantas penas infamantes. Amenazar con él constituía una ofensa, y tal concepto se había formado que generalmente se llamaba el suplicio por excelencia. El jurisconsulto Paulo clasificando penas decía: *Summi suplicii tria genera Crucem, Cremationem, Decollationem.* «Supremo» lo llama Ulpiano: *Si liberi sint, ad bestias dari; si servi, supremo supplicio affici*; y ya el gran orador romano lo calificaba de *crudelissimum teterrimumque*, como Nonnio lo había llamado «malditísimo» y «pena extrema» Apuleyo y Arnobio.

La forma de la cruz cambió con el tiempo y según las circunstancias: discutiendo los autores cómo fué aquella en que murió nuestro Redentor, afirmaron algunos que había sido cruz *commisa*, ó sea en forma de T, y citaban en apoyo de esta opinión el texto de una carta de San Paulino á Severo, que dice: *Christus non multitudine nec virtute legionum, sed jan tunc in sacramento Crucis, cujus figura per litteram graecam Tau numero trecentorum exprimitur.* Otros alegaban las autoridades de Tertuliano, San Jerónimo y San Isidoro; mas fijándose bien, ninguno de estos escritores declaraban terminante y palmariamente lo que se pretendía. Las palabras del ilustre obispo de Nola significan, á nuestro modo de ver, que durante algún tiempo la cruz, por razones que veremos luego, se representaba con una *Tau* griega; el vehemente apologista de Cartago, al decir en su «Voc. gent.:» *Ipsa enim littera graecorum Tau, nostra T, specie crucis;* nuestro santo hispalense definiendo la *Tau*, una clase de cruz; San Jerónimo al afirmar *Antiquis hebraeorum litteris, quibus usque hodie samaritae utuntur, extrema Tau crucis habet similitudinem*, nos parece no han determinado qué forma tenía la cruz en que murió el Redentor de nuestro linaje; dijeron sólo que la *Tau* se asemejaba á una especie de cruz, que se empleó ciertamente como instrumento de suplicio, pruebas de lo cual se hallan en el célebre grafito encontrado en la escuela palatina de los césares, en algunos de los relicarios con que San Gregorio obsequió á Teodolinda, conservados en Monza y en otros monumentos.

Fijándose bien, se comprende que la cruz *commisa* no podía ser usual y corriente, ni la más adecuada por efecto de su construcción, por la poca estabilidad de los brazos, que apoyados en el extremo superior del árbol vertical, no podían estar seguros, sino mediante refuerzos que las hubieran hecho costosas y de difícil manejo: atentos á este inconveniente, que los ejecutores de tan despiadada justicia debían apreciar mejor que nadie, es de presumir, como sostuvieron otros muchos escritores, que la cruz más empleada debía ser la *immisa*, que desde luego aceptó sin reserva la iconografía cristiana. De construcción más sencilla y racional, resultaba sólida desde luego, y en apoyo de que así fué la del Salvador del mundo, hay textos que no dejan lugar á la menor duda. San Pablo en su Carta á los de Efeso (III, 18) lo determina claramente, testimonio al que se refiere San Agustín en algunas de sus Cartas y en sus Comentarios al salmo 103; San Juan Damasceno lo dice también claramente: *Sicut quatuor extrema crucis per medium centrum vinciuntur et junguntur;* San Irineo, en el cap. 24 de su Libro II contra los herejes, es bien claro también diciendo: *Habitus, fines, et summitates habet quinque; duas in longitudine, duas in latitudine, unam in medio.*



EL ÁNGEL DE LAS OFRENDAS, escultura de Doña Asís de Picabia (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

Mas ¿cómo es que la cruz, tal como la veneramos hoy, tarda en aparecer en los monumentos cristianos de los primeros siglos y no se halla en ninguno de los tiempos apostólicos? ¿Por qué los primeros fieles recurrieron al símbolo para representar lo que adoraban? La historia da explícitas contestaciones á estas preguntas, y los hechos acaecidos entonces son buena prueba de la oportuna prudencia de quienes sintiéndose inspirados, debían temer más que al martirio en que perecían gustosos, la calumnia con que se pretendía empañar la santidad de la doctrina; más que las persecuciones materiales en que pagaban con sus cuerpos, las falsas imputaciones con que se procuraba atacar la pureza de los principios. El punto de partida de la religión cristiana era negación absoluta del eterno sueño hebraico; por esto los judíos la persiguieron con encarnizamiento, y cegados por furioso fanatismo hicieron morir al fundador sagrado, manifestándose contentísimos cuando corrían la misma suerte quienes cautivados por santas máximas seguían sus huellas venerandas. Los gentiles de aquella época, indiferentes y corrompidos, daban poca importancia al principio religioso; la religión romana de entonces era ridículo pandemonium en que se habían fundido los más extraños cultos, y ciertamente que sin el carácter de exclusivismo que debe tener nuestra religión por ser depositaria de la verdad absoluta, sin el ataque directo y constante que era para la corrupción de principios que autorizaban los demás cultos, el cristiano hubiera sido compatible con todos ellos. Las causas señaladas lo impedían: de cuantos crímenes puede ser capaz la maldad humana eran acusados los cristianos por los hebreos; los paganos, crédulos de conveniencia, prestaban oído tanto más gustosos cuanto que haciéndolos morir se veían libres de intolerantes censores que con eficaz constancia anatematizaban sus costumbres, y esta causa de odio disimulábanla hipócritamente, manifestando deseos de defender una religión que había resistido el severo ataque de los filósofos y se desmoronaba con los latigazos satíricos de Luciano.

Unos y otros, judíos y gentiles, perseguían á los cristianos fraguando en su contra viles calumnias; aquéllos por implacable rencor, éstos porque confundiéndolos llegaban al fin que se proponían. Tertuliano y Minucio Félix tuvieron que elevar sus autorizadas voces en defensa de los cristianos mal comprendidos, no por ignorancia, sino por mala fe, y ambos autores exponen cuáles eran las principales imputaciones que les hacían. Según hemos dicho, los más tenaces enemigos eran los del pueblo escogido, y en su odio implacable se sabe ciertamente que mandaron emisarios á todos los puntos del imperio con objeto de que sus calumnias tomaran cuerpo, hecho atestiguado por San Justino, Atenágoras, Arnobio, San Clemente de Alejandría y muchos más. Los paganos no se descuidaban; sobre lo que particularmente inventaban en contra de los discípulos del Divino Maestro, confundíanlos con los hebreos, á quienes detestaban: á partir del famoso Tácito, los historiadores romanos los hicieron blanco de sus acusaciones, señalándolos como autores de crímenes imaginarios y cuando no bastaron las ofrendas hechas á Vulcano, Ceres y Proserpina, la mente infame de Nerón no tuvo inconveniente en acusarlos del horroroso incendio con que devastó á Roma para satisfacer un capricho que le inspiró su locura artística.

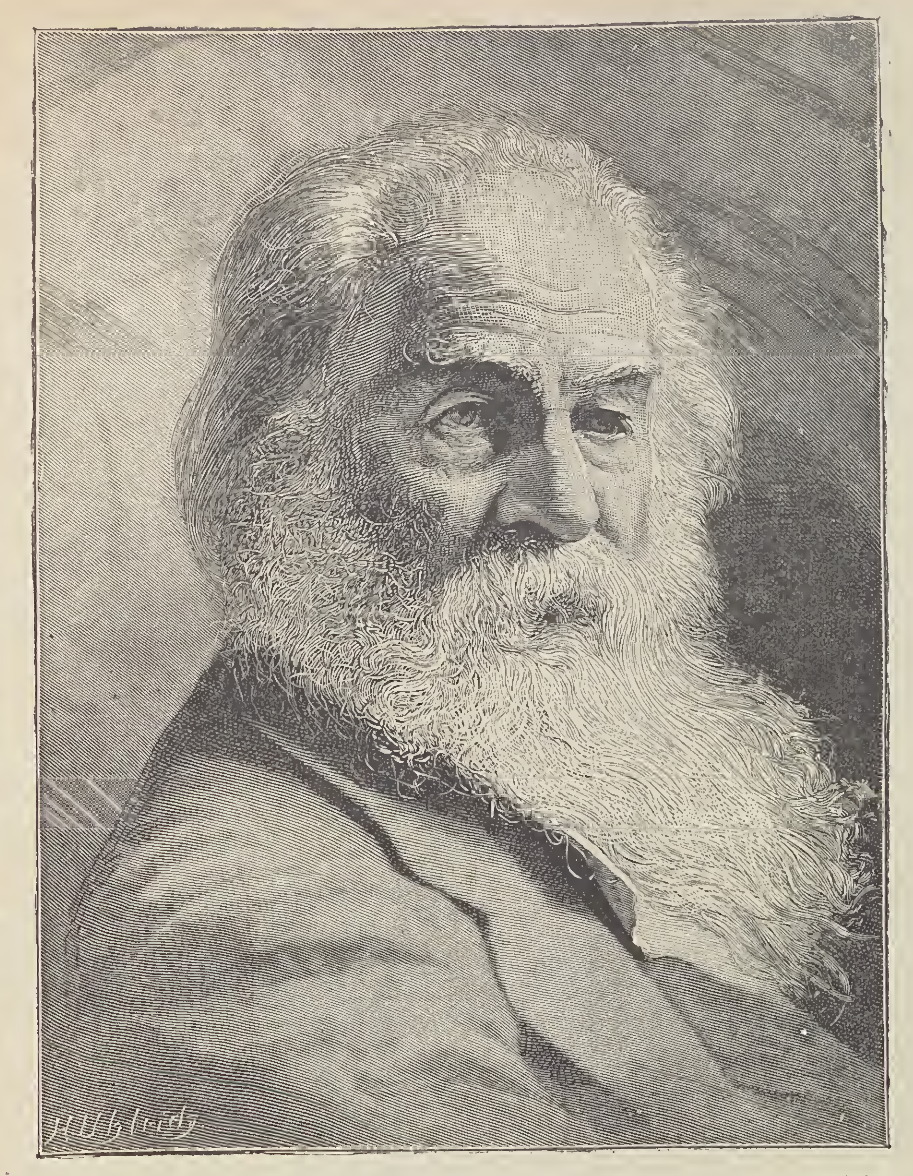
Idólatras, incestuosos, avaros, soberbios, criminales de lesa majestad, eran acusaciones leves, comparadas con otras de que los hacían víctimas; el respeto con que eran tratados los sacerdotes dió motivo para asquerosas suposiciones; el secreto que la necesidad les imponía para la celebración de sus ritos, causa de que les atribuyeran la perversidad de Atreo, cuyo nefando crimen horrorizó al sol mismo, que se ocultó por no verlo, según la tradición mitológica; la candorosa idea que presidió á la institución de las agapes, mal interpretada de intento, dió ocasión á que se tejieran cuentos de repugnante inmoralidad, suponiendo que en ellas, cuando el vino montaba al cerebro y se apagan las luces, cada cristiano podía convertirse en un Edipo, sin que la Epicaste con quien rodaba por el cieno se ahorcara después movida por el arrepentimiento, sin que él se viera perseguido por las furias infernales. Y como si todo esto fuera poco, acusábanlos también de adorar una cabeza de asno

(1) Véase el número 537.

fábula á que, según declara Tertuliano, dió origen la perversidad de un judío, que habiendo fabricado informe ídolo con aquella semejanza, escribió encima: *Deus christianorum*, y á los que esto no bastaba añadían que su Dios era *un crucificado*.

Sabido que el tormento de la cruz se imponía únicamente á los autores de delitos atroces, la acusación mencionada era de grandísimo alcance, y durante mucho tiempo impuso á los mismos cristianos, que se resistieron á presentar la imagen de Nuestro Señor en esta forma como objeto de veneración, apelando á símbolos diversos, tomados unas veces del Antiguo Testamento, otras de instrumenmentos aptos para la seguridad y salvación, no pocas de profesiones que tenían puntos de contacto con la misión del Salvador y aun algunas de las antiguas mitológicas, pues no podría explicarse de otra manera el Orfeo pintado en las catacumbas cristianas. Mas si públicamente no podían hacer ostentación del verdadero, noble y elevado sentimiento que les inspiraba la cruz, adorábanla en sus misterios y la veneraban por la altísima representación que tuvo desde el principio: de aquí otra torcida interpretación, pues los enemigos del cristianismo, sin buscar el trascendental motivo que tenían, supusieron que adoraban un ídolo al que habían dado aquella forma: Cecilio el pagano, que sirve de interlocutor á Minucio Félix, en su *Octavio* lo manifiesta así claramente: *Et qui hominem, summo suplicio pro facinore punitum, et crucis ligna feralia, eorum caerimonias fabulantur, congruentia perditis sceleratisque tribuit altaria, ut id colant quod merentur*. Adoran lo que merecen, decían los paganos, sin comprender que la cruz era sólo un símbolo, una representación del instrumento en que fuimos salvados, una alegoría del sacrificio más grande que se había llevado á cabo. Por esto y no por sentimiento idólatra fué adorada desde el principio, aun desde mucho antes que Santa Elena hallara la verdadera, y tanto respeto ha inspirado siempre, que hasta los mismos emperadores iconoclastas, aquellos que con exagerado furor perseguían el culto de las imágenes, la respetaron, haciéndola brillar en sus monedas, y siempre fué para el cristiano árbol santísimo de salvación, al que se abraza con fe en los lances extremos de la vida.

A. FERNÁNDEZ MERINO



EL EMINENTE POETA NORTE-AMERICANO WALT WHITMANN, fallecido el 26 de marzo último
(De una fotografía de Sarony, Nueva York.)

LOS AMIGOS

«Entre todos los enemigos, el más peligroso es un amigo,» ha dicho Alfonso Karr.

Apreciabilísimo lector, supongo que tú también has tenido amigos. Voy más allá; supongo que alguna vez habrás reñido con un amigo, convenciéndote de que era tu tirano.

Ninguna de las personas á quienes más hayas ofendido, los individuos que te profesen mayor antipatía, nunca serán tan enemigos tuyos ni te causarán tanto daño como un amigo desde el momento en que deje de serlo.

Porque tú, creyendo duradero el afecto que con él te unía, te has mostrado ante él como eres, sin artificio ni disimulo: él conoce tus defectos y tus debilidades, como sabe cuántas levitas tienes y qué cigarros te agradan más.

No tienes secretos para él; le has contado tus flaquezas, todas tus aventuras; no le ocultaste tus vicios; y cuando has reñido con él todo quedó á merced de su despecho. Su empeño ha de ser desacreditarte: olvidará la confianza con que le honraste y contará á todos hasta lo más íntimo de cuanto tuyo sepa, enterando á tus anteriores enemigos de todos los hechos de tu vida; por su revelación llegarán á ser públicas tus deudas y conocido el nombre de las heroínas de tus aventuras amorosas.

Esto es después de haber reñido.

Pero veamos al amigo en clase de tal.

El amigo nunca te pregunta cómo estás de dinero para tomar café ó cenar á tu cuenta: como te acompaña siempre al teatro y á los conciertos, las butacas de ambos siempre están juntas en el local y en tu bolsillo.

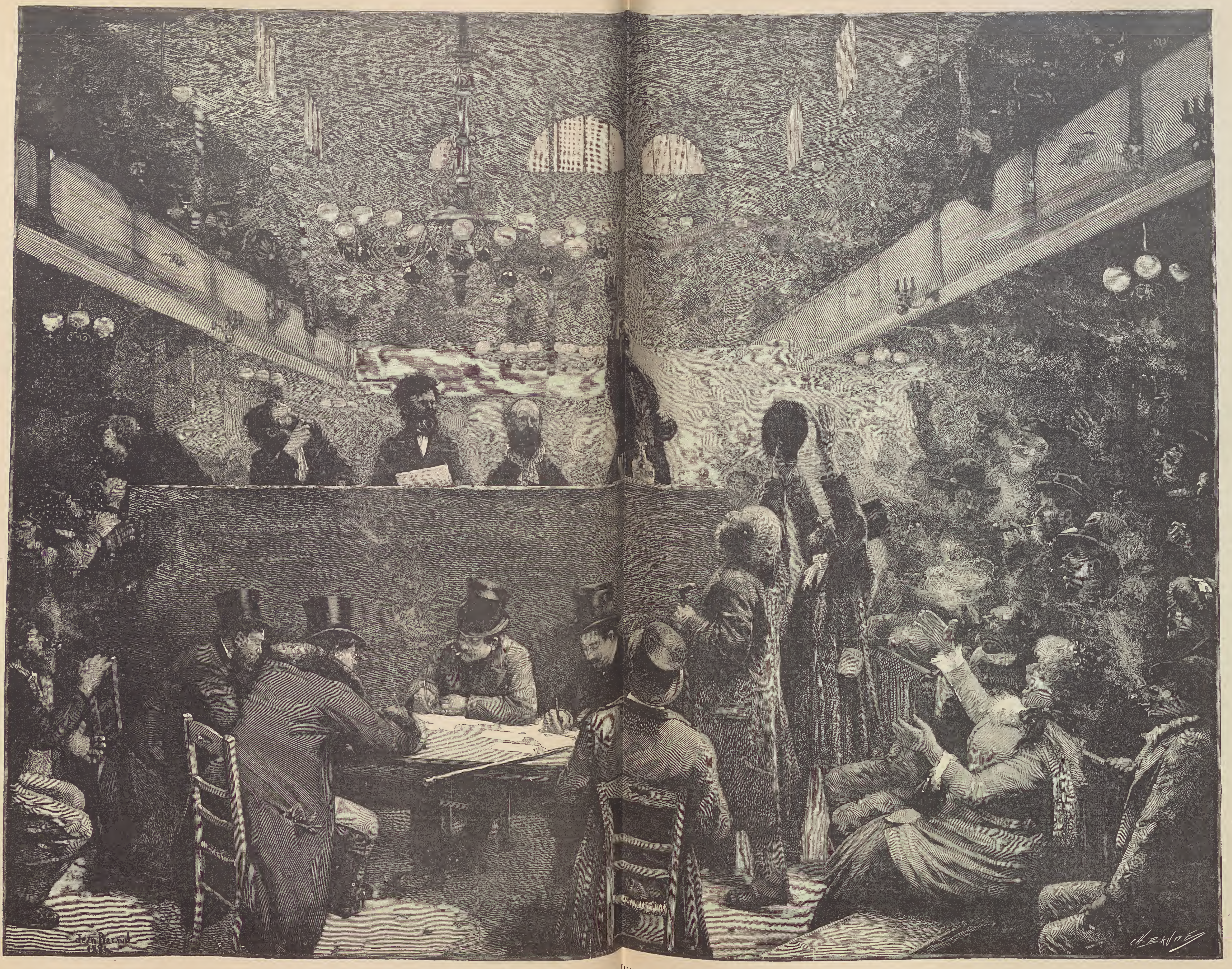
Se pone tu levita, fuma tus cigarros, te pide ó te toma prestado el gabán, y en caso de apuro empeña tu reloj como se encuentre sin dinero. Tus corbatas siempre le parecen de muy buen gusto, y con frecuencia cambia por los tuyos sus gemelos de á real pareja.

La puerta de tu habitación nunca puede estar cerrada para tu amigo. Te acuestas fatigado de trabajar; pero á él se le ocurre venir temprano á buscarte, y con aquello de *yo soy de casa*, entra dando portazos, taconeando, y abre las maderas de la ventana, y grita hasta que te despabila. Si es que no se le ocurre tirar de las mantas ó rociarte con agua fresca.

Y mientras tú te desperezas, te levantas y te arreglas, el amigo abre los cajones para curiosear, lee las cartas que tengas sobre la mesa, fuma un cigarro (de los tuyos, por supuesto) en tu boquilla: á lo mejor prueba tus guantes, que le son chicos, y por último, sin mirar que aún estás lavándote, abre el balcón, se asoma y se pone á hacer señas á la vecina de enfrente, que es una señora casada, y tira la colilla al primer transeunte que se le ocurre. Y cuando se marcha, se lleva el último libro que has recibido, que no leíste todavía, y que en tu vida vuelves á ver.



LA TARDE, cuadro de D. Manuel García Rodríguez (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890.)



UN CLUB ANARQUISTA, CUADRO DE JUAN BERAUD, GRABADO POR BAUDE

Si acaso salís juntos, te impone la dirección que habéis de llevar en el paseo; te obliga á que pasees con él por la calle de su novia – que es una distracción muy *distraída* – y después te dice: «Acompáñame á casa.»

Si entras en un bazar y se te ocurre comprar algo, no ha de ser á tu gusto, sino al del amigo, y él también comprará algo que incluirá el comerciante en tu cuenta. La que tengas en el café irá aumentando insensiblemente, porque en ella anotará el mozo el gasto de tu amigo.

Líbrete Dios de tener dos petacas, dos pipas ó dos bastones, porque tu amigo se posesionará de uno de esos efectos.

No vayas con él al baile, porque te pondrás en grave compromiso, provocará una contienda, tú mediarás para poner paces, y amén de que te tocarán, aunque no te correspondan, unos cuántos mojicones, tendrás que ver con la policía. Y el amigo, si acaso, huirá el bulto.

De cuantas tonterías cometa separado de ti, te corresponderá el cincuenta por ciento, porque todos dicen que eres tan bueno como él, y los que no presenciaron el lance darán por hecho que tú le acompañabas cuando ocurrió el percance.

Si una noche le esperan para darle una paliza, cuenta que será en ocasión que tú le acompañes, para que así te toque parte de los garrotazos. También es seguro que irás en su compañía cuando alguien le avergüence por una deuda, y como él se hará el desentendido, no faltará quien crea que la cosa va contigo.

Te apostrofará porque no le enseñas las cartas de la novia, y él, en cambio, te la acompañará cuando te estorbe, y cometerá cualquiera indiscreción.

Si vende ó empeña cualquiera prenda ó alhaja suya, en su casa dirá que fué para sacarte de algún apuro; si trasnocha, es porque estuvo contigo.

Al tratar de alguna tontería que tú hiciste por culpa de él, dirá que te aconsejó lo contrario; y si hiciste alguna cosa buena, por consejo de él ha sido.

Estos y otros servicios presta el amigo, amén de la frecuente pregunta: «¿Cómo estás de cuartos?»

* * *

La amistad ha sido una gran cosa: Cástor y Pólux, Pílades y Orestes lo atestiguan. No negaré que hoy existe ese hermoso sentimiento.

Pero ¿no es verdad, lector estimado, que hay *amigos* que hacen renegar de la amistad?

AURELIANO J. PEREIRA

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El Ayuntamiento de esta ciudad ha decidido, con muy buen acuerdo, organizar para la Exposición nacional de Industrias Artísticas que se inaugurará en septiembre una sección internacional de reproducciones de las Industrias Artísticas desde la antigüedad hasta 1815. Según las bases publicadas, la sección se instalará en los mismos locales que la Exposición, aunque de una manera independiente; serán admitidas las reproducciones que presenten los artistas nacionales y extranjeros con estas condiciones: 1.ª, no se admitirá más que un ejemplar de cada reproducción ó dos si uno no fuese más que un vaciado; 2.ª, en cada reproducción deberá indicarse el paradero del original; 3.ª, si la reproducción es un vaciado se indicará con toda exactitud las partes fielmente imitadas ó reproducidas y las que no lo sean. El Jurado de admisión, clasificación y colocación será el mismo que el de la Exposición de Industrias Artísticas; el encargado de ver y juzgar los objetos se compondrá de los individuos de la Comisión organizadora que formen parte del Jurado de la Exposición de Industrias Artísticas y los elegidos por los expositores de esta sección en el número y proporciones que aquella Comisión designará en su día. Las recompensas en medallas y adquisiciones se adjudicarán conforme á lo prevenido en las bases de la Exposición. Las obras que con destino á esta sección se envíen deberán entregarse en la secretaría de la Exposición (Paseo de Pujades) antes del 1.º de septiembre.

—Se ha inaugurado la octava Exposición de la Sociedad de Pastelistas franceses, y aunque en ella se nota la ausencia, voluntaria en unos, por causa de muerte en otros casos, de algunas renombradas firmas, ofrecen no escaso interés las obras de Thevenot, Machard, Besnard (la *Petite famille* de este último es una pintura atrevida, original, bellísima), Tissot, Moreau, Blanche, Duez, La Touche, Lhermitte, Eliot, Magnan, Puvis de Chavannes y otros muchos.

– La gran sala del Tribunal de casación inaugurada recientemente en París es un conjunto maravilloso de detalles artísticos, entre los que sobresalen un crucifijo, de Henner y los adornos del techo, que ofrece gran semejanza con el del palacio de los Dogos, de Venecia, y en cuyo centro ostentase rodeado de caprichosas y ricas molduras el magnífico lienzo *La glorificación de la Ley*, que valió á su autor, M. Baudry, la medalla de honor en el Salón de 1881.

– Con motivo del monumento á Radetzky, que uno de estos días se descubrirá en Viena, se ha inaugurado en el Museo Austriaco una exposición exclusivamente dedicada á aquel general: figuran en ella 1.200 objetos, en su mayoría cuadros y esculturas, que representan uno de los más brillantes períodos de la historia militar de Austria. Entre los cuadros hay 60 retratos de Radetzky.

Teatros. – Bélgica continúa dispensando especial protección á los compositores franceses: *Herodiada, Sigurd Salambó, Jocelyn* y *Pedro de Zalamea* fueron estrenadas en Bruselas y en Amberes, y ahora el teatro Real de Lieja acaba de poner en escena *Sardanápalo*, de Alfonso Duvernoy, algunos de cuyos fragmentos fueron ejecutados con gran aplauso en los conciertos Lamoureux, en 1882. El libreto de *Sardanápalo*, de M. Berton, está tomado de la tragedia de Byron; la música está escrita según la fórmula tradicional de la ópera y su autor se ha preocupado poco de las modernas tendencias: entre la principales piezas descuellan un himno á Baco y un canto guerrero para barítono, dos dúos de amor, una poética aria de tiple y los bailables del primero y del tercer acto. La *mise en scène*, irreprochable. El éxito de la ópera ha sido completo.

– El nuevo drama de Tennyson *The Foresters*, de cuyo estreno en Londres han hablado todos los periódicos por las extrañas circunstancias en que se verificó – dados el compromiso del autor de estrenarlo en Nueva York y el deseo de conservar la propiedad del mismo, para lo cual era preciso estrenarlo en Londres, – se ha puesto por primera vez en escena en el teatro Daly de aquella capital norte-americana con extraordinario éxito.

– La primera representación de la ópera de Bruneau *El ensueño*, verificada en el teatro de la Ciudad, de Hamburgo, ha sido recibida con gran aplauso.

– En el nuevo teatro Alemán, de Praga, se ha estrenado con excelente éxito una ópera en tres actos, de Maximiliano José Beer, titulada *Federico con la bolsa vacía*. El libreto, de Víctor León, tiene por argumento la fuga de Federico IV y está escrito en armoniosos versos; la música es sencilla y en extremo melodiosa.

– En el teatro de la Scala, de Milán, se ha verificado un concierto monstruo en conmemoración del natalicio de Rossini. Tomaron parte en él 450 cantantes, entre ellos como solistas las señoras Bonaplata y Darclée, y 150 profesores de orquesta; las piezas ejecutadas fueron: la primera sinfonía que escribió Rossini (la de la ópera *La cambiale di matrimonio*) y la última (la de *Guillermo Tell*), el *Stabat Mater* y la plegaria de *Moisés*, esta última dirigida por el mestro Verdi, que fué objeto de una ovación entusiasta.

– En el Eden-Theatre, de París, se ha estrenado un baile de gran espectáculo en tres actos y cinco cuadros, titulado *Roknedin*, de Michel Carré y Fourcade Prunet, música de Alberto Renaud: el argumento está tomado de la historia de los sectarios de Hassan-ben-Sabba-Homaire, el Viejo de la montaña, conocido también con el nombre de jefe de los hachischinos, y por corrupción de los asesinos. La *mise en scène* es magnífica y la música muy agradable y de un corte oriental originalísimo.

– En el teatro de la Rose Croix, de París, se ha estrenado una producción de M. Josephin Peladan en extremo original, que su autor titula wagneria caldea. *El hijo de las estrellas*, que tal es el título de la obra, es propiamente una pastoral caldea, cuya acción se desarrolla allá por el año 3000 antes de Jesucristo, de argumento principalmente místico y abundante en bellezas literarias. Hay en ella trozos notabilísimos en los que, en excelente estilo, se expresan ideas elevadas y nuevas sobre nuestras aspiraciones hacia el ideal, sobre la voluntad, las bellas artes, la felicidad de las sociedades y el amor.

Madrid: Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Lara *Las recomendaciones*, sainete del aplaudido escritor D. Tomás Luceño: en el teatro Eslava *La salamanquina*, letra de los señores Perrín y Palacios, música del maestro Marqués, y en el teatro de Novedades una revista de los Sres. Navarro y Gonzalvo y Granés, música del Sr. Valverde (hijo), titulada *El señor Juan de las Viñas ó Los presupuestos de Villa Anémica.*

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Sir Guillermo Bowman, famoso oftalmólogo inglés, profesor del Royal London Ophthalmic Hospital y últimamente director del King's College Hospital.

Mr. John Murray, célebre editor inglés á quien sus compatriotas denominaban «John Murray el Tercero» por ser el tercero de la familia que ha hecho famoso su nombre en el negocio editorial, especialmente con sus *Guías* y con la *Quaterly Rewiew*.

José de Riquet, príncipe de Chimay y de Caraman, ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica.

Alfredo Tedey, pintor, uno de los últimos representantes de la escuela inglesa de pintores miniaturistas.

Luis Juin, contraalmirante de la marina francesa, comendador de la Legión de Honor y oficial de Instrucción Pública.

El Excmo. Sr. D. Joaquín Jovellar, capitán general de los ejércitos españoles, presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina y senador por derecho propio: hizo las dos campañas carlistas, la de Africa y la de Cuba; fué capitán general de Cuba y de Filipinas, ministro de la Guerra y presidente del Consejo de ministros. Entre otras muchas condecoraciones poseía la gran Cruz de San Fernando. Renunció el Toisón de Oro y el título de duque que le fueron ofrecidos.

Isaac Pesaro Maurogonato, senador italiano, gran financiero, eminente político y elocuente orador que defendió siempre las ideas democráticas.

Dr. David Hayes Agnew, uno de los más famosos médicos americanos, catedrático de Cirugía operatoria.

Fedor Grigorjewitch Ssolnzef, profesor de Pintura histórica en San Petersburgo y uno de los más viejos artistas rusos, pues contaba 91 años.

Filiberto Wex, paisajista de Munich, cuyos cuadros, reproducciones de paisajes del Mosa y del valle de Loisach, han llamado mucho la atención en Alemania.

Carlos Federico Deiker, uno de los mejores pintores alemanes de animales y escenas de caza, y con su muerte ha perdido uno de sus principales representantes la escuela de Dusseldorf.

Ernesto Pasqué, literato alemán; se dedicó primero á la música, arte para el cual tenía felices disposiciones, habiendo cantado con aplauso en los principales teatros alemanes. Hace veinte años se retiró de la escena, dedicándose exclusivamente á la literatura; conquistóse gran fama como novelista.

Varia. – En Genova se están activando los preparativos para la Exposición italo-americana que se ha organizado en conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América y que comprenderá productos agrícolas, industriales y artísticos. Las dos secciones que más han de llamar la atención serán la náutica y la arqueológica: la primera comprenderá todos los modelos de buques desde la epoca del descubrimiento hasta nuestros días, y á ella prestará valioso concurso el ministerio de Marina italiano; en la segunda figurarán recuerdos auténticos americanos, españoles, genoveses y venecianos de aquel gran acontecimiento.

NUESTROS GRABADOS

Café al aire libre en Venecia, cuadro de don Manuel Domínguez. – Aunque de distinto género que *La muerte de Séneca* ó las pinturas murales que decoran la iglesia de San Francisco el Grande, de la coronada villa, ésta es, como todas las obras del maestro, noble por su casta de color, correcta en el dibujo y tan reposada y segura como elegante en su factura. Lo mismo cuando se inspira en un hecho dramático que cuando representa á personajes bíblicos ó bien un sencillo cuadro de costumbres ó de género, revélase siempre la personalidad artística del pintor que ha logrado figurar en primera línea entre los primeros artistas españoles. La labor de Domínguez es igual y constante; de ahí que en sus cuadros no se observen deficiencias y que su reputación sea tan sólida como lo son todas sus producciones.

El ángel de las ofrendas, escultura de Doña Asís de Picabia (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – La mujer española, que tanto ha logrado distinguirse en nuestros tiempos en el cultivo de las ciencias y la literatura, ya que en ellas cuenta con tan dignas representantes como Emilia Pardo Bazán, Dolores de Acuña, Martina Castells y otras más, ha logrado también singularizarse en las Bellas Artes, y los nombres de Antonia Bañuelos, Fernanda Francés y Adela Ginés y Ortiz figuran en el número de los más discretos pintores españoles, conforme lo atestiguan las recompensas obtenidas en varias Exposiciones, así nacionales como extranjeras.

Como verdadera excepción, no por su mayor notoriedad, sino por la especialidad á que se dedica, merece citarse la joven é inteligente escultora señorita Asís de Picabia, que á pesar de los graves inconvenientes que para una mujer ofrece el estudio de la escultura, cultívala con entusiasmo y notable aprovechamiento. Aparte de algunas obras recomendables que conocemos, modeladas con elegancia y corrección, merecen citarse varios bajos relieves alegóricos, un bonito busto de Santa Cecilia, una estatua de Ofelia, que obtuvo merecida recompensa en la última Exposición de París, y la alegórica escultura que reproducimos, premiada también en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.

Prosiga la discreta escultora por tan segura senda, en la que hallará seguramente digna recompensa á su entusiasmo y laboriosidad.

El eminente poeta norte-americano Walt Whitmann. – A la edad de 72 años falleció en mayo último en Camden el gran poeta democrático de los Estados Unidos: de familia humilde, hubo de dedicarse á los trece años al oficio de cajista, sin por ello dejar sus estudios que había comenzado en la escuela de Brooklin. A los veinte publicó una revista semanal y colaboró en varios periódicos, al par que preparaba materiales para la obra *Leaves of Grass*, que le ha hecho famoso; pasó luego al Canadá, á Méjico y á Nueva Orleans, donde escribió para el periódico *The Crescent*, y á poco regresó á Brooklin, tomando allí el oficio de carpintero y abandonando por algún tiempo sus tareas literarias, que reanudó en 1854. Al año siguiente dió á luz su citada obra, en un principio poco apreciada y aun combatida por los críticos, pero al fin estimada en toda su gran valía por la crítica y por el público. Herido durante la guerra civil su hermano Jorge, pasó Walt al hospital de campaña á cuidarle, contrayendo una enfermedad de la que nunca curó radicalmente. Terminada la guerra desempeñó algunos destinos en la administración, pero el mal estado de su salud le obligó á retirarse á Camden, donde ha permanecido hasta el fin de su vida, sin dejar de añadir de vez en cuando alguna nueva obra á las ya publicadas. Era tan ferviente admirador de Tennyson, que en cierta ocasión preguntó á un amigo que regresaba de la Gran Bretaña: «¿Has visto á Tennyson?» y habiéndole aquél contestado negativamente, le dijo: «Pues entonces, todavía no conoces Inglaterra.»

La tarde, cuadro de D. Manuel García Rodríguez (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890). – Es García Rodríguez otro de los jóvenes pintores digno representante de la moderna escuela sevillana. Discípulo de D. José de la Vega y de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla, dióse pronto á conocer como inteligente paisajista, sirviéndole de estímulo el premio alcanzado en la Exposición de 1887 y la circunstancia de haber adquirido los príncipes de Baviera su bellísimo cuadro *Las orillas del Guadalquivir*. Posteriormente cupo igual recompensa en el siguiente concurso nacional á otro de sus lienzos, mereciendo otra distinción en la Exposición Universal de Barcelona el titulado *¡Sevilla!* El que reproducimos, *La tarde*, distinguido asimismo con una medalla de segunda clase en la última Exposición nacional, es un hermoso paisaje estudiado en las cencanías de Alcalá de Guadaira.

Un club anarquista, cuadro de Juan Beraud. — El cuadro del celebrado pintor francés de verdadera actualidad, está tomado del natural, es decir, de una reunión que los anarquistas celebraron hace algún tiempo en la sala Graffard de la capital francesa. Ocioso sería señalar las innumerables bellezas de este lienzo, pues á la vista saltan á la primera ojeada. Cada uno de los individuos de la mesa, los oradores, los oyentes, los periodistas, todo ello envuelto en esa atmósfera densa é irrespirable que forman el calor de las luces y el humo de las pipas; aquella mezcla de ciudadanos y ciudadanas, cuyos gritos y aplausos casi se oyen, tanta es la naturalidad de sus actitudes, y cuyos entusiasmo y miserable aspecto contrastan con la impasibilidad un tanto irónica y con el traje confortable de los burgueses que allí representan á la prensa, constituyen un conjunto lleno de verdad y de vida que justifica la admiración que esta obra de Beraud produjo cuando fué expuesta en uno de los Salones de París.

Aldabón de la puerta de los Leones en la Catedral de Toledo. — La puerta de los Leones, así llamada por los que existen sobre una de sus seis columnas de mármol blanco que sostienc el enverjado, es sin duda alguna una de las más lindas obras que embellecen la catedral de Toledo. Construyóse en 1460, bajo los planos y dirección de Anequin Egas, ejecutando toda su preciosa ornamentación el imaginero Juan Alemán, así como otros entalladores de merecida fama. Consiste en un arco de estilo gótico puro, cuyos costados, fondos y archivoltas hállanse cuajados de delicados adornos y resaltos, sobresaliendo varias estatuas de cuerpo entero cubiertas por graciosos doseletes.

Las puertas, cuyas planchas de bronce están exornadas con follajes y mascarones, son obra, al igual que sus aldabones, de los maestros Francisco de Villalpando y Ruiz Díaz del Corral.

HACIA EL OCASO

NOVELA DE PABLO MARGUERITE. – ILUSTRACIONES DE MAROLD

(CONTINUACIÓN)

¡Casarse!... él lo haría; pero ¿sería admitido como pretendiente? ¿Y si ella no le amaba?... Tal vez le creyese brutal por haber herido á su hermano. Por otra parte, ¿consentiría en aquel matrimonio la señora de Kerjuzan? ¿Le aprobarían los Fabvier? ¿Qué pensarían Marcos y Lilia? Tal vez ésta se interesara por él, porque era buena; y prefería confiarse á ella más bien que á Marcos, porque entre hombres, aunque sea entre hermanos, hay cierta prevención contra estas confidencias; pero tratándose de su cuñada... ¿Y por qué no le hablaría sobre esto en el acto? Con esa prontitud increíble en que se precipitan á menudo estas decisiones, díjose para sí:



Los dos hermanos tomaron el camino de Jozeu

«Ahora mismo. ¿Por qué no? Cuando menos, la sondearé.»

Si Lilia hubiese sido más seria, le hubiera dado miedo confiarle su secreto; pero atendida su inconsciencia de mujer joven demasiado mimada, creía presentir en ella una especie de complacencia, suficiente para absolverle, así como de complicidad para servirle.

Sin embargo, en aquel instante recordó el rasguño de Marcos, que Lilia se ocupaba en curar, y parecióle que el momento no sería oportuno. ¡Con tal que la joven no le guardase rencor! En el coronel persistía la vergüenza de haberse animado contra su hermano, y reprendíase, exagerándolas, su violencia y brutalidad, esos malos instintos que él no sospechaba antes. Entonces experimentó cierta dejadez, sobrecogióle una tristeza profunda, y su felicidad de amar se convirtió en ansiosos temores. Recostado de nuevo en su lecho, con la cabeza entre las manos, dejó correr el tiempo, la vida.

– ¿Qué ocurre?, preguntó una voz. ¿Estás enfermo, Roberto?

El coronel volvió la cabeza; era Marcos en traje de montar.

– Tengo jaqueca, contestó tristemente el Sr. de Francœur.

Y poniendo una mano sobre el pecho de su hermano, en la parte que el hierro tocó, pero sin apoyarla, preguntóle cariñosamente con acento conmovido:

– ¿No te duele ya? ¿Estás enfadado conmigo?

Marcos le abrazó con efusión.

– ¡Estás loco, Roberto!

Y añadió:

– ¡Vamos! Vente conmigo, porque las señoras no nos acompañan. Tienen una visita y les han anunciado ya otras. Lilia está furiosa...

IX

Los dos hermanos tomaron el camino de Jozeu, el Sr. de Francœur montado en su *Coralia* y Marcos en su alazán *Febo;* sus caballos iban al paso á causa del calor. El río, que se deslizaba á lo lejos entre las hierbas, inspiraba ideas de frescura y convidaba á bañarse.

– Mañana me baño, dijo Marcos.

Los Fabvier poseían á orillas del Aulnette un pequeño pabellón, al que iba toda la familia para bañarse; pero un ligero constipado de Lilia había impedido comenzar aquel año las abluciones.

Hasta llegar á Jozeu no hablaron más los dos hermanos, porque el Sr. de Francœur iba absorto en sus pensamientos y Marcos en los suyos, que seguramente hubieran sorprendido é inquietado á su hermano si le hubiese sido posible adivinarlos. ¡Extraño hombre era aquel Marcos! Lleno de honor mundano, y falto de sentido moral; sin malignidad, pero voluble como una mujer y egoísta en los placeres; algo traidor también, á la manera de *Coralia*, que acababa de hacer un brusco movimiento, y en fin, muy capaz de practicar al mismo tiempo el bien y el mal, sin dejar por eso de ser sincero, como en todos los hombres impresionables y nerviosos; pero su sinceridad era instantánea y cambiaba en un minuto.

No había engañado á su hermano al jurarle, después de la escena ocurrida en el saloncito, que no existían entre él y la baronesa de Brettes relaciones íntimas; no, todavía no podía llamarla suya, por más que esto se debiera, no á su voluntad, sino á las circunstancias. Marcos había sido sincero al reconciliarse con su esposa, más bien por compasión que por remordimiento, y acaso tal vez por prudencia, para desvanecer mejor sus sospechas; mas no había renunciado por eso á la baronesa, y esperaba que á favor de precauciones y astucias, la casualidad los arrojaría en brazos uno de otro. ¿La amaba, pues? Sí y no; pero sí la deseaba. Ciertos hombres alimentan pasiones que se desvanecen como el humo de la paja, que viven de esperanzas y mueren una vez éstas realizadas.

Estaba seguro de las buenas disposiciones de la baronesa; aunque no hubiese tenido de ello otras pruebas, lo había adivinado desde luego por ciertos indicios. Su aspecto vaporoso y su expresión impertinente debían ocultar un temperamento algo locuaz y sensual; bastaba ver sus extraños ojos, de brillo un poco vago y cierto color sonrosado que se corría desde sus hombros al cuello, como el pudor de los malos pensamientos, para adivinar en la baronesa una Eva perdida.

Marcos tuvo esta revelación extraña cuando apenas conocía á la joven, cuando sólo habían mediado entre ellos esas ligeras atenciones que la cortesía impone.

Cierto día, invitado á una comida de confianza en Jozeu, estaba sentado junto á la baronesa, cuando de pronto tocó involuntariamente su pie, y observó que no se retiraba; entonces, para evitar que sucediera, apartó el suyo, pero el de la joven le persiguió ligero y travieso. De este modo se inició, á los ojos mismos de Lilia, la inteligencia entre ambos; pues ¿qué hombre, pensaba Marcos, podría resistir á tales insinuaciones? Aun sin ser vanidoso, aun siendo austero y viejo, ¿quién en tales condiciones no sacrificaría á la locura de un instante el amor puro y leal de la esposa?

Marcos repasaba todo esto en su memoria con cierta voluptuosidad, pensando aprovechar la ocasión, bien se presentara al día siguiente ó al cabo de seis meses. Estaba como turbado por una opresión ardiente, sin duda por el efecto de aquel día de verano tan abrasador, que amenazaba tempestad, y acaso también, como lo había dicho su hermano, por la excitación que producen los manjares suculentos y esa ociosidad demasiado rica en sangre y fuerza, que Tolstoi considera como una causa de perdición. Por otra parte, ciertos días demasiado hermosos exhalan un no sé qué de infinito que inspira el deseo de amar hasta morir y que impulsa al cerebro y á los músculos á persistir en una idea fija. Tal vez sea la conciencia bastante vaga que se tiene del espejismo de las apariencias y de la ilusión producida por las escenas mágicas en que se desenvuelve nuestra vida; una imperiosa necesidad nos induce á buscar la confirmación de la verdad de nuestra existencia y á disfrutar de ella con frenesí antes que la muerte concluya con todo.

Marcos oprimía nerviosamente su alazán entre los muslos, satisfecho al reconocer su soltura y ligereza, y sonreía con una expresión algo cruel, revelándose en sus ojos la sensualidad. Pensaba que, en suma, nada se había perdido en las tres últimas semanas; con tal de que el Sr. de Brettes no regresase, la enfermedad de la tía más bien favorecía sus propósitos, adormeciendo las sospechas de Lilia, puesto que gracias á ella tenían él y la baronesa menos ocasión de verse en presencia de la mujer celosa.

Indudablemente se arriesgaba á disgustar mucho á su esposa si descubría el enredo, y esta idea era la más propia para contristarle, aunque no para detenerle; pero si no llegase á saber nada, ¿dónde estaba el mal? Engañarla, no sería muy culpable – esto tiene poca importancia para muchos hombres; – ¡pero si llegase á saberlo!... ¡Bah! Ya se arreglaría para que lo ignorara; y también sería bueno desconfiar de los ojos y de la rectitud de su hermano, que en caso necesario se opondría á su capricho y no toleraría que nadie, ni siquiera su esposo, hiciese llorar á Lilia aunque para ello fuese necesario disputar y aun romper del todo con Marcos.

Mas al mirar de reojo las vigorosas formas del coronel y su rostro de expresión pensadora y benévola, juzgó que le costaría poco vencerle en el terreno de la astucia.

Llegaban á una avenida de álamos, en cuya extremidad elevábase un castillo.

– Mira, Roberto, dijo Marcos, eso es Jozeu.

X

Cuando se hubieron apeado, un criado de edad avanzada introdujo á los Sres. de Francœur en el salón. Una religiosa que rezaba el rosario se eclipsó discretamente, y un momento después presentóse la señora de Lemartre. En su casa no tenía el aire tan servil, y con mucha sencillez dió detalles sobre la noche que acababa de pasar la señora de Cyou; habíase producido una ligera mejoría; pero desgraciadamente, el médico de París que la cuidaba se había visto en la precisión de marchar á toda prisa, llamado por telegrama, y no se encontraba al de Attigne, M. Corbes, que aquella mañana había tenido que ausentarse. Y sin embargo, era de todo punto necesario que viniese.

La baronesa de Brettes se presentó, con peinador de color de malva, con el cabello echado hacia atrás, los ojos algo enrojecidos y aspecto enervado; al ver á los dos hombres, mordióse los labios, sin duda para disimular la contrariedad que le causaba la presencia del coronel.

– ¡Qué amabilidad la de usted!, dijo, dirigiéndose principalmente al Sr. de Francœur; y dejándose caer en una butaca, mientras la señora de Lemartre se alejaba del salón:

– ¡Uf, que calor!, exclamó.

Y añadió, mirando á Marcos:

– ¡Mi esposo regresa... y por cierto que me alegro mucho de ello, dijo hipócritamente, porque estoy rendida!

Por fortuna, el Sr. de Francœur miraba á la baronesa, y no vió la fisonomía de su hermano, que hablaba un lenguaje mudo, revelando por su expresión cuánto le desconcertaba aquella noticia; pero Marcos disimuló bastante bien, al preguntar con esa amabilidad propia de la gente de mundo:

– ¿Y cuándo llega?

– No ha fijado la fecha, contestó la baronesa; se limita á dar aviso de su vuelta.

Y con ademán que expresaba su contrariedad, golpeaba la palma de su mano con el nudo del cordón de su peinador.

—Yo creí que la salud de su señora tía... dijo Marcos; el parte de hoy indica que la enferma está mejor.

—¡Ahora me hace usted pensar!, repuso la baronesa. Debo expedir otro parte... ¡Y ese médico que no viene! Hay que enviar un mensajero á Attigne, y no tenemos de quién echar mano; el cochero está enfermo, y mi tía ha enviado al ayuda de cámara á casa del padre Lureau, que vive con los Boves, á dos horas de aquí. Todo está revuelto en esta casa.

—Pero si no se trata más que de ir á Attigne, esto se reduce á tres cuartos de hora de galope, y voy volando. Mi hermano se quedará aquí para hacerle á usted compañía.

Pero el Sr. de Francœur, atemorizado ante la idea de permanecer tan largo tiempo solo con la baronesa, á la cual no habría sabido qué decir, y dominado por esa necesidad de movimiento que los hombres absortos en el amor experimentan, exclamó con acento semiplacentero:

—Ruego á usted, señora, que disponga de mí, y le aseguró que sé desempeñar las comisiones tan bien como mi hermano.

—Supongo que no es el temor de quedarse á solas conmigo lo que le induce á ofrecerme sus servicios, dijo la baronesa maliciosamente.

Y su semblante pareció iluminarse, mientras un tinte sonrosado coloreaba su cuello y sus ojos adquirían un brillo que sólo Marcos observó y supo interpretar. ¡Tenían tantas cosas que decirse!

—Pues bien, replicó la baronesa, acepto el ofrecimiento; y para abusar de usted completamente, le rogaré que deje en la oficina del telégrafo el parte que voy á poner.

El Sr. de Francœur se inclinó, muy satisfecho de que se le hubiera cogido por la palabra, sin que le inquietase dejar á los dos juntos, pues la tristeza de las circunstancias alejaba de él toda sospecha. Además, ¿no regresaría muy pronto el marido?

La baronesa acercó á sí un pequeño pupitre de laca con incrustaciones de plata, y escribió algunas palabras.

—Recuerde usted, dijo al Sr. de Francœur, que su compromiso es grave, y que debe volver con M. Corbes vivo ó muerto...

—¡Comprendido, señora!, contestó el coronel saludando.

La baronesa quiso verle marchar desde la ventana, que era la del piso bajo. El azul del cielo tomaba poco á poco un color gris; la campiña estaba ardiente como un horno.

—¡Qué hermoso animal!, exclamó la baronesa al ver á *Coralia*.

Lisonjeado el coronel con estas palabras, acarició su yegua, cogió la crin y saltó á la silla. Después, sin pensar en mal alguno, fijó su franca mirada en las dos personas de quienes acababa de despedirse; Marcos estaba detrás de la baronesa, y ambos sonreían con expresión algo indecisa. El Sr. de Francœur agitó el sombrero y puso su caballo al galope.

—¡Trota, trota!, dijo Marcos con una intención algo burlona.

La baronesa, después de cerrar tranquilamente la ventana, se volvió hacia él.

Los dos se contemplaron sin hablarse; la mirada de la baronesa fascinaba á Marcos, su sonrisa era febril, y parecía que la angustia contenía la voz en su garganta.

—¡Clara!..., murmuró.

—¡Chist!..., hizo la baronesa, aplicándose un dedo á la boca y tirando después de la campanilla.

El criado viejo se presentó.

—No estoy en casa para nadie, le dijo.

La puerta volvió á cerrarse.

—¿Conque vuelve?, preguntó Marcos con acento de enojo.

—¿Mi esposo?, repuso la baronesa con un tono de indecible desdén. ¿Sabe nadie nunca lo que hará ó dejará de hacer?

Y añadió después de una pausa:

—¡Vamos á mi habitación! La señora Lemartre ronda por aquí.

Marcos se había acercado á la baronesa, que le miraba de una manera extraña, sonriendo; de pronto parecióle que desfallecía, é hizo ademán de levantarse para sostenerla; mas apenas tuvo tiempo para retirarse al ver que la puerta se abría sin ruido. Era la religiosa, que volvía con su rosario en la mano para acabar su rezo; pero al ver ocupada la habitación, vaciló.

—Entre usted, hermana, entre usted como si estuviera en su casa, dijo la baronesa.

Y volviéndose hacia Marcos añadió:

—¿Viene usted?...

XI

Dos horas por lo menos habían transcurrido cuando regresó el Sr. de Francœur; oíase á lo lejos el fragor del trueno, que anunciaba la tempestad, y el calor era sofocante. El coronel no vió á la baronesa de



Brettes; pero sí á Marcos, que bajaba por la escalinata, pidiendo su caballo.

Poco después, los dos hermanos se reunieron.

—¡El médico llega ya!, dijo el coronel. Su coche no corre tanto como *Coralia*. He pasado por tres pueblos antes de encontrarle casualmente en el camino de Savre.

Marcos se volvió hacia el palafrenero, que tenía de la brida á *Febo*.

—Anuncie usted, le dijo, que el médico llegará de un momento á otro.

Después miró á su hermano, que se enjugaba el sudor, y sonrió un poco pérfidamente.

—¡Pobre hermano mío!, dijo, si hubiera podido sospechar que ibas á correr tanto, te habría acompañado en vez de aburrirme aquí solo.

—Pero ¿y la baronesa?, preguntó ingenuamente el coronel.

—Apenas la he visto, contestó Marcos volviendo la cabeza, por temor de que su mentira le hiciese sonreir; la llamaron para cuidar de la enferma, y después vinieron á decirme de su parte que la fatiga y un poco de fiebre la obligaban á retirarse á su cuarto para descansar.

En aquel momento, el anciano criado salió del castillo y dirigióse al Sr. de Francœur.

—La señora baronesa, dijo, da las más expresivas gracias al señor conde por su atención, suplicándole se sirva dispensarle que no se presente á causa de la fuerte jaqueca que la obliga á permanecer en su habitación. Al mismo tiempo ruega á los caballeros que no se vayan sin aceptar un refresco.

—Lo cierto es, dijo Marcos, que debes estar muerto de sed.

—¿Quiere el señor conde champaña ó cerveza de Munich?

—Tráigame un vaso de agua, contestó el coronel.

Marcos hizo señal de que no quería nada. En aquel momento tenía lánguidos los ojos, y todo su ser revelaba una alegría febril que ocultaba mal; pero el Sr. de Francœur, que seguía enjugándose el sudor, no pensaba en examinarle, y se limitó á decir:

—¡Qué coloradas tienes las orejas!

Marcos se las tocó vivamente.

—¡Ah!, exclamó, ¡hace tanto calor!

Servido el vaso de agua, tan fresca que el cristal se había empañado, el coronel le vació de un trago, mientras Marcos le contemplaba con cierto aire de conmiseración al considerar lo poco que había sacado de aquel paseo que á él tan pingües beneficios le había reportado.

—Si yo hubiera tenido la seguridad de encontrarte en el camino, dijo cuando hubieron montado, te habría salido al encuentro. ¡Lástima haber perdido tan buen paseo!

Diciendo esto observó un cabello dorado en la manga de su americana: quitólo sonriendo; y sacudiéndose como si su alazán le hubiese dejado algún pelo en la ropa, exclamó:

—*Febo* cambia el pelo. Tu pobre *Coralia* se conoce que tiene calor.

La voz de Marcos tenía algo de irónico, pero el Sr. de Francœur no observó nada. En la embriaguez de su carrera habíase complacido en acariciar locamente su sueño. Veíase amado de Ivelina y unido á ella en matrimonio.

XII

Transcurrieron para el coronel algunos días de éxtasis, en un delirio despierto; sentíase envuelto en espejismos, escenas cambiantes y luminosas de felicidades; parecíale todo fácil, y salvaba los obstáculos. Cualquier día haría su petición formal, sin consultar á nadie, ni confiar de antemano su secreto á Lilia, porque decididamente esto le desagradaba, pues por más esfuerzos que hacía era de carácter vergonzoso como un niño. ¡No; haría su petición á boca de jarro, y entonces sabría á qué atenerse!

Y por un curioso fenómeno, todo cuanto hubiera debido conducirle á la reflexión, á esperar, ó á sondear por lo menos el terreno, concertábase por el contrario para impulsarle á un desenlace brusco, y en todo caso, irreparable. Su amor tardío desplegaba toda la precipitación juvenil de los sentimientos de que el hombre no se da bien cuenta y que en vano trataría de reprimir. Le sucedía lo que al adolescente que enamorado de su prima, quisiera casarse con ella al punto, y lo cree todo perdido si se le pide un año de reflexión. Al Sr. de Francœur no se le ocultaba cuánto tenía de inconsiderado su apresuramiento y las vacilaciones y graves dudas que su situación y su edad le imponían ante la extremada juventud de Ivelina, pero ahogaba los escrúpulos en el ingenuo egoísmo de su pasión. Los que habitan en las ciudades, acostumbrados al trabajo en habitaciones cerradas, se sienten como sobrecogidos por el sol cuando van á pasar las vacaciones en el campo; el aire penetrante los abrasa, y los prados que se acaban de segar comunícanles la fiebre del heno. La lozana juventud de Ivelina transportaba de embriaguez al Sr. de Francœur; si él hubiese tenido menos edad, sin duda habría mostrado menos impaciencia, estando más seguro del porvenir; mas ahora se presentaba ante él la felicidad que tanto había tardado en conocer, y ahora quería, con la puerilidad de un niño, obtenerla cuanto antes, cual si temiese que se le escapara.

Por fortuna, todo esto pasaba tan sólo en su imaginación, sin que se revelase nada exteriormente. En sueños, consigo mismo, érale muy fácil saltar por encima de las dificultades, vencer las resistencias, corriendo siempre en línea recta y á paso de carga; pero entre esto y pasar á vías de hecho mediaba mucha distancia, y el temor le hacía cobarde. Solamente á la idea de pronunciar las fatídicas palabras de las cuales dependía su nueva vida, un ligero sudor humedecía su frente, y al imaginarse la expresión con que le escucharían la tía Kerjuzan y los Fabvier, su lengua, que no podría articular dos palabras, secábase en su boca.

Entonces sobrecogíale un terror: no podía esperar que Ivelina le amase con un cariño que se asemejara ni siquiera un poco al suyo; lo importante era que no le desagradase su persona del todo y que consintiese en dejarse amar. Sí: bastaba que no le rechazara; que se abandonase confiadamente, y él la haría tan feliz, tan feliz...

XIII

Al día siguiente, la familia fué á bañarse en el Aulnette: el sitio era delicioso; una pequeña caleta entre dos angostas orillas; sauces que humedecían su cabellera en las verdes aguas, tan rápidas, que por el estremecimiento continuo de las altas hierbas hubiérase creído ver una serpiente que se desliza; grupos de árboles que encerraban reducidos espacios para los caballeros y un pabellón para desnudarse las damas. La linda doncella de Lilia y una joven negra llamada Dulce, que estaba al servicio de las señoras de Kerjuzan, esperaban á cierta distancia con los peinadores.

El Sr. Francœur fué el primero que estuvo preparado; apartó el follaje y salió de la arboleda con su elástico de color azul marino, bajo el cual se marcaba su vigorosa musculatura; sus pies desnudos aplanábanse sobre la hierba. Poseída de admiración, la linda doncella blanca tocó con el codo á la negra, que volvió la cabeza á otro lado bufando grotescamente.

Los Fabvier, tranquilos y graves, como en el teatro, y protegiéndose cada cual con una sombrilla verde, miraban al coronel con amistosa sonrisa, encogiendo la cabeza cual si tuvieran frío.

– El agua no estará caliente, dijeron.

– Voy á verlo, contestó el coronel, á quien molestaba ya verse desnudo al aire libre y delante de aquellas personas vestidas. Y aunque las convenciones sociales autorizaban como cosa muy sencilla que Ivelina se presentara de un momento á otro en traje de baño, él, que hasta entonces no había osado representarse la belleza de su cuerpo, se intimidó de antemano y se sumergió en el agua hasta el cuello.

– ¿Está fría?, le preguntó Marcos, saliendo á su vez del tallar, ataviado con un *jersey* de tejido muy fino.

– Está bien, contestó el coronel.

Marcos se zambulló en el río.

– ¡Brrr!..., exclamó, ¡hermosa agua clara! Escucha, Roberto, remontando hasta el álamo se hace pie. Donde yo estoy hay tres metros de agua y bastantes hoyos. ¡Cuidado!

El coronel no le oyó apenas, porque la puerta del pabellón acababa de abrirse: era Lilia, y detrás de ella vió á la señora de Kerjuzan; la primera vestía un traje de franela blanca con blusa de color verde mar, y la segunda ese feísimo vestido de lana negra, galoneado de blanco, que cae á manera de falda hasta la rodilla sobre un pantalón de hombre; un gorro de hule encerado ocultaba en parte su frente. La señora de Kerjuzan avanzaba á saltitos, haciendo unos ademanes de temor algo ridículos. Su vejez parecía proyectar una sombra sobre Lilia, que á la clara luz del sol parecía más ajada, menos joven que vestida. Entró en el agua valerosamente, y la tía con cierto aire digno, que se hacía más cómico por su desmesurada nariz, semejante á la de D. Quijote. Cogióse á una estaca, y ya no se movió de allí, limitándose á humedecer la parte inferior de su cuerpo con un movimiento regular.

En el umbral del pabellón apareció de repente Ivelina, dando la mano á Juana. Vestía un traje azul, y sus brazos y piernas desnudas parecían de alabastro; avanzaba con airoso paso; sus labios entreabiertos permitían ver dos líneas de perlas, y sus armoniosas formas ondulaban acompasadamente.

Lilia alargó los brazos á su hija, é Ivelina entró sola en el agua; un estremecimiento recorrió la superficie de su cuerpo, y el Sr. de Francœur, que se adelantaba, al verla así, semejante á una flor en aquel cristal fluido, sintió una impresión de adorable frescura.

– ¿Quiere usted que la enseñe á nadar, señorita?, preguntó. ¡No tenga miedo!

Ivelina, aunque ya sabía un poco, aceptó el ofrecimiento. El coronel la sostuvo por la cintura, y la joven se tendió sobre el agua á manera de ondina, mientras el Sr. de Francœur, atento y arrobado, decía:

– ¡No tan de prisa! ¡Así; bien, muy bien!

Ivelina respiraba con alguna fuerza; una ligera inquietud comunicaba singular encanto á sus ojos cuyo color vió entonces por primera vez el coronel: eran de color de avellana con reflejos luminosos.

– Descanse usted un poco, dijo á la joven.

Ivelina se dejó coger por el brazo é hizo pie. El agua le llegaba hasta los hombros; cerca del cuello tenía un lunar en su blanco cutis, una diminuta señal negra, que las ondas acariciaban con su ligero contacto: el coronel hubiera querido tener los mil labios del agua para besárselo.

Los dos se miraban inmóviles, cerca del álamo grande, solos en un repliegue del Aulnette, al abrigo de añosos sauces; y el silencio era tal, que hubieran podido creer que se hallaban en un rincón extraviado del mundo. Vueltos así al estado natural, no eran ya seres sometidos á las leyes sociales, sino un hombre y una virgen, con el instinto libre, olvidando un instante su posición y su personalidad, cándidos y primitivos como Adán y Eva en los primeros días de la creación. El Sr. de Francœur, por lo menos, lo pensaba así, y hubiera querido que durara siempre aquel minuto de olvido entre ellos; pero la señora de Kerjuzan gritaba ya.

– ¡Ivelina! ¡Ivelina!

Entonces el coronel la condujo nadando, sosteniéndola por la barba, y era tan ligera que apenas la sentía. Esto le pareció un símbolo de matrimonio, de vida fácil y deliciosa, en que él la guiaría suavemente sin trabajo.

Después de salir del baño y de vestirse, comenzó el refrigerio sobre la hierba, sirviéndose copitas de Jerez y exquisitos bizcochos. El Sr. de Francœur se preguntaba entonces si no le parecía Ivelina tan bella como antes, con su traje claro y su cabello húmedo flotando libre sobre los hombros. La presencia de Ivelina y la agradable reacción y buen apetito que después de su prolongado baño sintiera el coronel, le hacían parecer más joven.



Ivelina entró sola en el agua

XIV

Pasaban los días, y el coronel continuaba soñando. Algunas veces despertábase diciendo: «¡Será menester que hable!» Pero siempre se sentía temeroso en el momento preciso. Al fin vino el día señalado para la llegada del pequeño Kerjuzan, y entonces aplazó para más tarde tomar un partido, pues nada le urgía. Por otra parte, pronto debía inaugurarse la estación de la caza, é iría con Marcos á la posesión de los Devarenne. ¿No habría tiempo de pensar, cuando volviese, en el gran paso que meditaba? Esta tregua le permitiría reflexionar; y no era de temer que Ivelina escapara durante su ausencia.

Entregado á estas reflexiones pasó la tarde, hasta el momento en que el *break*, volviendo de la estación, condujo delante de la escalinata á un joven que lanzándose con ligereza, avanzó ó más bien corrió al encuentro de los Fabvier, á quienes abrazó filialmente. Después besó con mucha gracia la mano á Lilia y saludó al Sr. Francœur.

– ¿Has tenido buen viaje, Ivón?, le preguntó Lilia.

– Excelente, madrina; gracias.

De aspecto airoso, el joven tenía la cabeza bien caracterizada, frente espaciosa de hombre pensador, pequeñas patillas cortas de aspirante de marina, ojos azules de fría expresión, de celta, y en toda su persona algo de reflexivo y resuelto.

Ivelina acudió presurosa, y el joven cambió de expresión sólo con verla; un impulso juvenil los precipitó uno en brazos de otro; y en su franco beso, una fuerza instintiva de ternura pasó como una llama.

– ¿Sigues bien, Ivelina, preguntó el joven.

– ¿Y tú, Ivón?

Su sonrisa y su manera de hablar tuteándose contrariaron al Sr. de Francœur, pues hallábase en ese punto en que el amor tiene celos de todo lo que no es él, y presentía antiguas y profundas afinidades entre aquellos dos seres educados casi juntos. «¡Pablo y Virginia!» había dicho la tía de Kerjuzan. En todo caso, Virginia era mujer y Pablo no pasaba de ser un niño, á pesar de su aspecto de hombrecito. El coronel se prometió hacérselo comprender así. Por eso tomó su aire de importancia, un poco serio, aunque benévolo.

El joven echó de ver quizás, de una manera vaga é inconsciente, que no era simpático al Sr. de Francœur, pues se mostró reservado y rigurosamente cortés con él, al paso que con los demás, incluso con Marcos, manifestábase expansivo.

Ivón miraba particularmente á su prima.

– ¡Qué buenas partidas de campo vamos á hacer!, le dijo. ¿Os bañáis, verdad? Te enseñaré á nadar.

– Ya sé, contestó Ivelina; el Sr. de Francœur ha tenido la bondad de darme lecciones.

– ¡Ah!, exclamó Ivón, fijando su mirada en el coronel.

– ¿Pero sabe usted nadar?, preguntóle éste.

– Sí, señor, contestó Ivón.

Y ambos en la manera de mirarse comprendieron que no simpatizaban.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL SILBATO EN LOS PUEBLOS PRIMITIVOS

A dar crédito á lo que afirma M. Lajard, y no hay motivo para desconfiar de la sagacidad de sus observaciones, el lenguaje silbado de los habitantes de las islas Canarias no es en cierto modo otra cosa que el español modulado con los labios más bien que con la lengua; pero en los fenómenos naturales todo está en evolución, y no hay costumbre, por insignificante que parezca, que no vaya á parar, cuando siguiendo gradualmenre el hilo de la tradición nos remontamos á lejanos tiempos, á un fenómeno del mismo orden, pero general, importante, que es la verdadera fuente de aquélla.

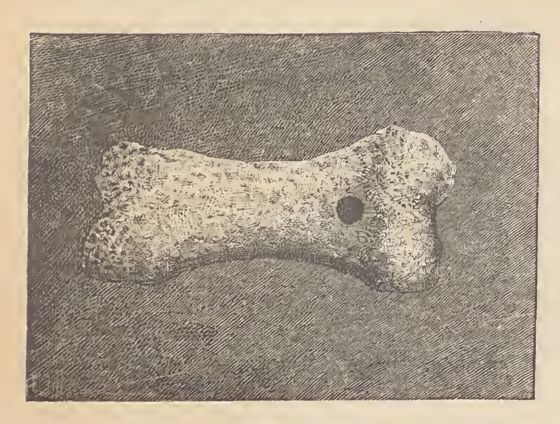


Fig. 1.—Silbato hecho de una falange de rengífero (según Montillet)

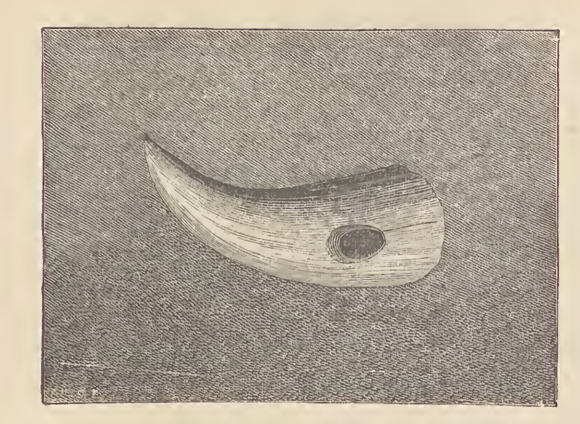


Fig. 2.—Silbato vaciado en un colmillo de jabalí prehistórico

Antes de hablar el español y aun el guancho silbando, los aborígenes de Canarias han silbado indudablemente sin apuntar palabra alguna: no es, pues, el silbido el que se ha sobrepuesto á la palabra, sino la palabra la que se ha sobrepuesto al silbido, cuyo auxilio ha solicitado y al que poco á poco ha ido suplantando.

Ahora bien: es curioso notar que al paso que los últimos guanches contemporáneos han conservado al silbido una importancia fonética bastante singular, los hombres de Cro Mañón, que son considerados como los padres de aquéllos y que constituían el núcleo principal de una raza de la que los canarios no son más que un resto, ó para ser más exactos, los *magdalenios*, antepasados de los cro-mañones, son precisamente los que más instrumentos para silbar nos han dejado.

En Bruniquel, estación magdalenia de Tarn y Garona, se han encontrado falanges de rengífero con un agujero para silbar: la fig. 1 reproduce una de ellas. Este instrumento se ha propagado hasta la época de los dólmenes, como lo prueba el colmillo de jabalí encontrado en el dolmen del Enebro de Meyrueis (fig. 2). El arte de silbar representaba, pues, un gran papel entre los habitantes del Vezere y del Suroeste de Francia, hermanos mayores de los guanches, tanto que aquellos hombres habían inventado una porción de instrumentos para silbar mejor. En efecto, nadie sostendrá que la invención del instrumento demuestre que eran inhábiles para silbar sin él, con los labios solos, pues esto equivaldría á decir que la invención del instrumento de sílice de que los chelcanos se sirvieron para dar puñetazos es una prueba de que eran incapaces de darlos con sus propios puños. Era un perfeccionamiento, nada más; hoy diríamos que los unos pegaban *con máquina*, como han acabado por silbar con máquina los expertos silbadores de la Magdalena.

Observamos, de pasada, que el órgano que el hombre tomaba de los animales para silbar era precisamente un dedo, como si la costumbre de silbar con sus dedos propios le hubiese hecho atribuir cierta virtud silbadora á estos miembros, cosa por cierto que armoniza perfectamente con el primitivo animismo.

Los habitantes del Vezere ¿eran los únicos que silbaban? En verdad que sería esto cosa sorprendente. Por otra parte, en el estudio de las sociedades humanas no se encuentra ningún fenómeno aislado: la piedra ha sido labrada sucesivamente de la misma manera por todos los hombres en todos los países, porque el hombre ha sentido en todas partes las mismas necesidades y ha contado con iguales medios para satisfacerlas. El hecho de silbar con la lengua y con los labios es tan sencillo, tan superiormente fácil al hecho de hablar, que cabe la duda de si el silbido ha sido el predecesor de la palabra.

Puede creerse, en efecto, que la humanidad en los primeros tiempos del lenguaje articulado hablaba poco, por la razón de que los hombres, en estado de reposo, no tenían muchas cosas que decirse: cuando dos hombres se encontraban, el gesto de las manos y de la fisonomía debían ser suficientes para entenderse, y esos ademanes que hoy en día acompañan á la palabra como simples complementos, eran sin duda entonces el lenguaje principal: la palabra no hacía, en cierto modo, más que subrayarlos y en algunos casos reforzarlos. Los pueblos primitivos que aun en la actualidad existen gesticulan mucho, y entre nosotros mismos el gesto parece perder su importancia á medida que el lenguaje se convierte en verdadera elocuencia y que la inteligencia se eleva. En un artículo publicado en la *Revue scientifique* vemos confirmada esta opinión sobre la prioridad del gesto: M. Mazel se expresa en él en los siguientes términos: «El niño ni por etimología habla, pero aun antes de disponer de sus órganos fonéticos sabe expresar sus ideas; durante muchos meses, su gesto, es decir, su brazo derecho, hablará con toda la petulante elocuencia de esta edad; más adelante, cuando aparecerá la articulación fonética imperfecta, seguirá valiéndose, aún más si cabe, del gesto para extender su superficie de expresión y por espacio de muchos años el gesto prevalecerá sobre la voz, perdiendo indudablemente su importancia á medida que se perfeccionará la fonación, pero siendo siempre el compañero obligado y á veces exuberante de la palabra.»

El hombre tenía necesidad de hacerse oir por sus semejantes, sobre todo á distancia, bien para pedir auxilio en la caza ó en la guerra, bien para advertir las peripecias de una y otra lucha, del mismo modo que nuestros cazadores y soldados tocan el cuerno de caza ó la corneta de guerra. A esta necesidad respondía el silbido mejor aún que la palabra ó el grito.

Es digno de notarse además que actualmente en todas partes se llama á los perros silbando, cosa que no sucede con los demás animales, y sabido es que el perro es de todos los animales el que de más antiguo se sometió al estado de domesticidad. Pues bien: ¿no cabe, por ventura, preguntarse si los comienzos de su domesticación coincidieron con una época en que el silbido era un lenguaje generalizado? ¿No es muy posible que el progreso de los idiomas hubiera poco á poco hecho renunciar al silbido, que ya no se aplicaría por tradición más que al perro, testigo en los primeros tiempos de su domesticación del mayor período de extensión de este lenguaje y acostumbrado entonces, como los hombres á quienes acompañaba, al lenguaje silbado de la caza y de la guerra?

Aun hoy en día cuando al caer la tarde escuchamos en las encrucijadas de nuestras ciudades el silbido agudo de algún pilluelo que se sirve para ello de sus dedos, ó cuando oímos la señal con que se llaman entre sí los ladrones, valiéndose de silbatos especiales (fig. 3, números 4 y 5, copiados de la colección de M. Félix Flandinette, preparador en el laboratorio de la Escuela de Antropología), quizás debamos reconocer en ellos el llamamiento de nuestros antepasados de las selvas vírgenes. ¿No es, acaso, en las capas sociales inferiores en donde hemos de ir á buscar hoy los vestigios de las antiguas costumbres de la humanidad? El caló pintoresco de los barrios bajos, el de las cárceles, los apodos que los ladrones se dan mutuamente recuerdan en sus imágenes el vocabulario de los pueblos todavía primitivos, del mismo modo que el tatuaje de los criminales y de las mujeres perdidas es el último vestigio del tatuaje de nuestros salvajes antepasados.

(De *La Nature*)

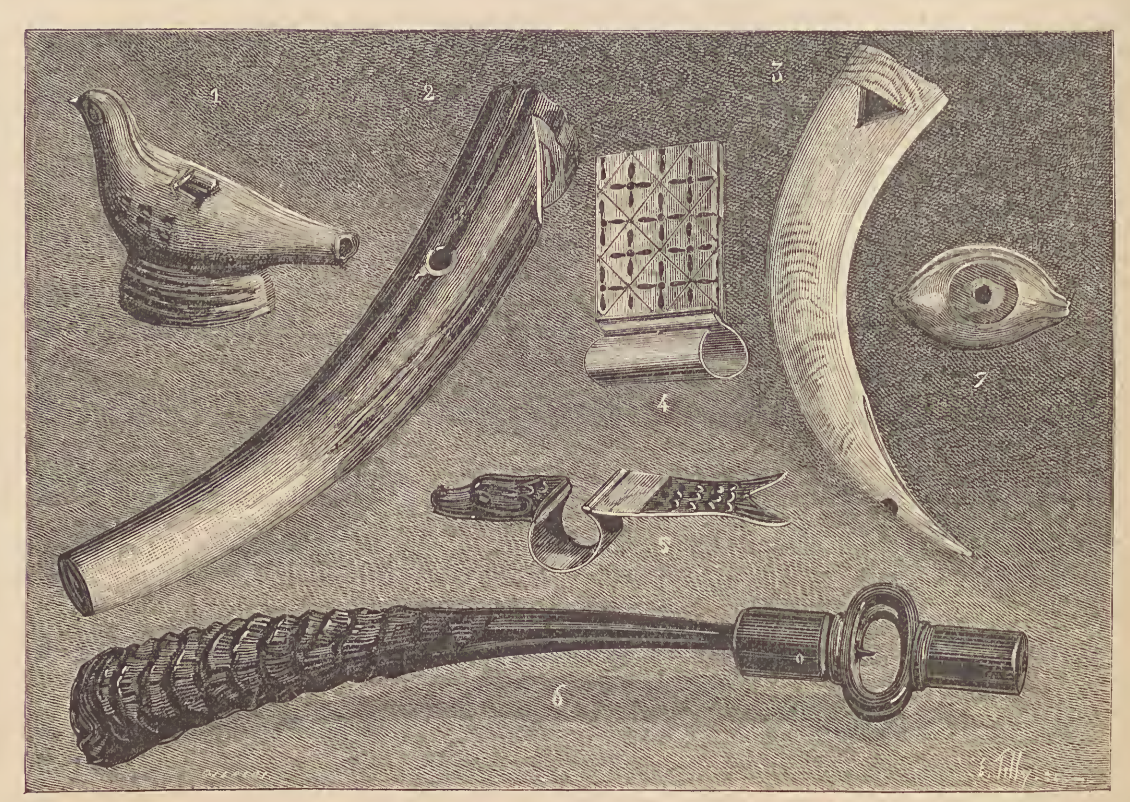


Fig. 3.—Silbatos de la colección de M. F. Flandinette.—1. Silbato galo-romano.—2. Silbato de pastor del Var.—3. Silbato de Corte (Córcega).—4 y 5. Silbatos de ladrones.—6. Silbato pahuíno.—7. Silbato fabricado con un hueso de fruta.

***

NOTICIAS VARIAS

LA INDUSTRIA DEL PETRÓLEO EN LOS ESTADOS UNIDOS DE TREINTA AÑOS Á ESTA PARTE.—Las memorias que acaba de publicar la oficina del censo contienen cifras muy curiosas y típicas acerca del desarrollo de la industria petrolífera en la América del Norte, desde 1859, año en que el petróleo figuró por primera vez en las estadísticas comerciales de la confederación. Entonces los *campos de aceite* de Pensylvania y de Nueva York producían solamente 2.000 barriles de 42 galones (unos 190 litros) cada uno; al año siguiente la producción ascendió á medio millón de barriles; en 1861 pasaba de 2 millones; en 1870 llegaba á más de 5.250.000, y en 1874 excedía de 11 millones. Finalmente, en 1880 extraíanse 26.286.123 barriles y en 1889 (último año de que se tiene una estadística completa) se extrajeron 34.820.306 barriles, ó sean unos 6.300 millones de litros, cantidad que se explica teniendo en cuenta el gran consumo que se hace del aceite mineral. De esta última cantidad 21.486.403 barriles proceden de los campos de Pensylvania y de Nueva York, y 12.471.965 de los campos del Ohío que, de cinco años á esta parte, han visto aumentar su producción en la grande proporción de 1 á 22.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

Estudios literarios, *por Emilio Zola.* —La moral y la literatura, la literatura y la república, la literatura y la gimnasia, el teatro clásico, el dinero y la literatura, Proudhon y Courbet: tal es el índice de las materias contenidas en este libro, que forma parte de la «Colección de libros escogidos» de *La España Moderna.* De tan interesantes asuntos y del talento excepcional del escritor que los trata resulta, como no podía menos, una obra verdaderamente notable. — Véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

***

Pablo Furques, apuntes biográficos, *por Eugenio Sedano y González.* – Interesante biografía del escritor y librero sevillano D. Pablo Iñiguez de Galiano.

***

En el Cáucaso, *por León Tolstoi.*—Esta obra es la descripción de una campaña pintada con el encanto de quien como Tolstoi ha sido militar y ha combatido mucho. La preocupación de los soldados al ver el primer muerto, el miedo al principio y la obcecación después están retratados de mano maestra. Constituye el tomo 15 de la «Colección de libros escogidos» de *La España Moderna*, y se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

***

El velado profeta de Korasán, *por Miguel Sánchez Pesquera.*—Primera leyenda del poema *Lalla Roock*, de Tomás Moore: contiene tres cantos en endecasílabos libres, dignos del inspirado poeta Sr. Sánchez Pesquera. El libro, editado por J. González Font (Fortaleza, 27, Puerto Rico), lleva bonitas ilustraciones de Cuchy. Los pedidos deben dirigirse al editor ó á la librería de D. Victoriano Suárez (Preciados, 48, Madrid).

***

Germinia Lacerteux, *por E. y J. de Goncourt.*—La «Colección de libros escogidos» que publica *La España Moderna* se ha aumentado con esta preciosa novela, una de las más notables de cuantas ha producido el naturalismo, quizás la más importante de todas. Precede á la edición española un juicio firmado por Zola, en el que el gran autor de los Rougon-Macquart ensalza la obra como se merece. Véndese al precio de 3 pesetas en las principales librerías.



ALDABÓN DE LA PUERTA DE LOS LEONES EN LA CATEDRAL DE TOLEDO

***

Miss Rovel, *por Víctor Cherbuliez.* – Es esta una de las novelas que más han leído las más distinguidas mujeres francesas: con sus amores y episodios de viajes, constituye un libro en alto grado interesante y original, y desde el punto de vista literario la obra resulta digna del renombrado académico de cuya pluma ha salido esa joya que se llama *El conde Kostia.* – Editado por *La España Moderna*, *Miss Rovel* forma parte de la «Colección de libros escogidos» y se vende en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

***

La reforma de la ortografía castellana, *por J. Jimeno Agius.* – Interesante folleto publicado en Valparaíso por D. Francisco Enríquez, en el que se coleccionan los artículos del distinguido escritor Sr. Jimeno Agius que se insertaron no hace mucho en la *Revista Contemporánea*, y en los cuales con sólidos argumentos se defienden varias reformas importantes de la ortografía castellana referentes especialmente al uso de las letras *b, v, c, k, q, z, g, j, h, r* y *rr.* Ha sido editado en la imprenta de la Patria, calle del Almendro, n.° 16, Valparaíso.

***

El Centenario del descubrimiento de América, *por D. Jesús Pando y Valle.* —La justa nombradía conquistada por el señor Pando y Valle como abogado, poeta, periodista, orador y político es la mejor recomendación de este libro, en el que se contienen interesantísimos datos y se hacen atinadísimas observaciones acerca del centenario del hecho más grande que registran los anales de la historia de la humanidad, datos y observaciones que pocos pueden aducir y hacer mejor que el secretario de la cuarta sección del Centenario. Precede al libro una hermosa carta-prólogo del Excmo. Sr. Don Alejandro Pidal y Mon, y á manera de apéndices lo completan varios originales de los señores Cánovas, Sagasta, Riva Palacio, Moret, Holguín, Romero Robledo, Calcaño, Navarro Reverter, Balbín de Unquera, Gobantes y otros.—El libro ha sido elegantemente impreso por D. Ricardo Rojas, en Madrid.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 25 de abril de 1892 — Núm. 539

PORQUÉ NO VOLVIÓ LA CARA ATRÁS

«Después de esto nunca volví la cara atrás.»

Esta es una expresión muy común en inglés. ¿Y cuál es su significado? La mujer de Lot volvió la cara atrás y se convirtió en estatua de sal. Un maquinista de locomotora en América, un día del verano pasado, volvió la cara atrás, y esto le impidió ver un puente levadizo que se hallaba en el camino, y levantado en ese momento, y de ahí un desastre con gran pérdida de vidas. Cierto hombre en Londres omitió volver la cara atrás y fué cogido por un coche. ¿Cuál debe, pues, ser nuestra regla, volver la cara atrás ó no?

Presentamos á continuación un hombre que dice que jamás volvió la cara atrás después de cierto tiempo. ¿Cómo hemos de interpretar su dicho? El mismo va á explicarlo.

Dice el aludido que un día de Febrero de 1890 se vió sobrecogido de vahido y dolor de cabeza. Como sucede á toda persona saludable bajo idénticas circunstancias, no acertaba á explicarse lo que le aquejaba.

Dice experimentaba una sensación extraña y de malestar, tiritaba como si el tiempo se hubiera puesto repentinamente frío, y luego le sofocaba el calor como si el tiempo se hubiese trocado en caluroso. ¿Qué es lo que le aquejaba?

Su médico decía que era un ataque de influenza y le ordenó se tuviese en cama, y así lo hizo. Algunos días después le abandonó la calentura, pero no la enfermedad, mostrándose ésta bajo diferente forma. Su lengua tenía la apariencia de un trozo de cuero oscuro, y su piel y el blanco de los ojos se tiñó de un color amarillento, como de viejo pergamino. Es evidente que nadie puede vivir sin comer, y cuando este hombre trataba de comer, el alimento le hacía daño, y después de haberlo tragado por fuerza, le causaba tales dolores en el pecho, en el costado, y en el estómago, que se arrepentía de haberlo tomado. Entonces el corazón le empezaba á palpitar fuertemente, y dice se hallaba abatido, lánguido y cansado. Experimentaba lo que él llama una sensación opresiva en la boca del estómago, y cierto deseo vehemente que nada satisfacía.

Siéndole imposible tomar otra cosa más que alimento líquido, llegó á ponerse tan endeble que apenas podía andar. Entonces el corazón volvía á molestarle, y, empleando sus mismas palabras:

«*Estando sentado en la silla oía el corazón latir como si alguien me estuviese golpeando la espalda.*»

Esto sólo demostraba que el corazón tenía mucho trabajo que ejecutar que le hacía luchar, como lucha el caballo que lleva dos jinetes. «Solía dormir muy poco de noche,» dice, «y permanecía horas enteras despierto y agitándome en la cama.» Esto es muy debilitante y no nos sorprende nos diga que fué perdiendo carne hasta que sólo le quedaba la piel y los huesos. «Mis mejillas,» dice, «se ahuecaron hasta parecer venir en contacto una con la otra, y la gente que me veía solía mover la cabeza en señal de duda y predecían mi próximo fin. A pesar de esto, yo tenía toda confianza en mi médico y continuaba pidiéndole medicinas. Durante mi enfermedad consumí más de cuarenta ó cincuenta botellas de medicinas de todas clases, pero sin provecho.»

«Finalmente, el médico me auscultó los pulmones un día y me preguntó si alguno de mi familia había muerto de tisis. Añadió que la palpitación del corazón era causada por la dispepsia. Dijo, además, que creía conveniente acudiese á otro médico, pues que él no podía hacer nada más por mí. Esto fué á los nueve meses de haber seguido su tratamiento. Entonces perdí toda esperanza de mejorar y, en verdad, nadie esperaba que mejorase.

»A esta época era ya invierno otra vez, y estábamos en Diciembre de 1890. Un día encontré en mi casa un librito ó folleto que no había visto antes. Trataba de una medicina llamada el Jarabe de la Madre Seigel, y en él se hacía la descripción de un caso análogo al mío, en el que el enfermo fué curado por dicho Jarabe. Sin querer ocuparme en describir cuál fuera mi esperanza y mi temer sobre el particular, baste decir que compré una botella del Sr. Kirkman, farmacéutico de Ellerby Lane, y la consumí, después de lo cual me sentí seguramente mejor. Tomé una segunda y empecé luego á comer alimento sólido que me sentó bien.

»Después de esto no volví más la cara atrás, y aunque mi restablecimiento fuese cuestión de tiempo, pues me hallaba muy endeble, seguí la medicina, con buenas razones para ello, y por último, volví á mis ocupaciones, fuerte y bueno, y así he seguido desde entonces. Cuando fuí á los talleres, el capataz y los demás me rodearon, preguntándome á qué debía tan admirable cambio, y yo les contesté: «Lo debo al Jarabe de la Madre Seigel.» Queriendo yo empezar á trabajar me dijeron que antes debía examinarme un médico. Habiéndome examinado el médico me halló apto para el trabajo, y á la mañana siguiente empecé á trabajar, sin que desde entonces haya faltado un instante á mis quehaceres.

»Deseo que otros sepan lo que el Jarabe Seigel ha obrado en mí, y doy á los dueños del mismo permiso para que publiquen esta corta relación acerca de mi caso. Soy de oficio prensador de paños, y he trabajado en la casa de los Sres. Hepworth é hijos, de Clay Pit Lane, durante cuatro años.

»HARVEY ASKEW,
»2, Back Timber Place,
»Ellerby Lane, Inglaterra.»

El médico tenía razón en decir que el desorden aparente del corazón, en el caso del Sr. Askew, provenía de la dispepsia, pues la dispepsia era su única enfermedad, y si hubiese empleado el Jarabe de la Madre Seigel en Febrero de 1890, no hubiera habido lugar á que ahora contase su caso, pues se hubiera restablecido de seguida. Así como así, celebramos que después de haberlo tomado no haya sufrido recaída alguna.

«No volvió más la cara atrás.»

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, Calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales. Frasquito, 8 rs.

¡MI NO COMPRENDER EL CASTELLANO! *por Godefroy*



1 ¡Qué hermoso!



2 ¡Beautiful!



3 —¡Usted dispense!
—Mi no comprender el castellano



4 —Pero mi comprender la educación

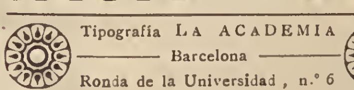
¡MI NO COMPRENDER EL CASTELLANO! *por Godefroy*



5 ¡Aoh!



6 ¡Y tan tranquilo!



Tipografía LA ACADEMIA — Barcelona — Ronda de la Universidad, n.º 6